
S.S
SERVICIO SECRETO
PETER DEBRY
LOS MARCADOS DEL CARIBE

LOS MARCADOS DEL CARIBE

PETER DEBRY

Los marcados del Caribe

1ª EDICIÓN
DICBRE. – 1955



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS EN ESTA EDITORIAL

En Colección S. SECRETO:

106. — trágica apuesta. **108. —** Los evadidos de Cayena. **110. —** La banda de la zarpa. **114. —** El caso del caimán. **117. —** Arsénico y estilete. **121. —** La red del dragón. **123. —** Tres en el infierno. **127. —** Pistas sangrientas. **132. —** El plan «Erizo». **193. —** El gang del medio rostro. **195. —** Testigos siniestros. **197. —** Operación caimán. **199. —** Héroes sin nombre. **201. —** Piratas de frac. **203. —** Agencia de secuestros. **220. —** Tres fantasmas. **249. —** Rescate en Tonkín. **263. —** Ron amargo. **265. —** La muerte sobre ruedas. **274. —** Horizontes febriles. **275. —** Minutos antes de morir.

En Colección PANTERA:

13. — Los guapos de la legión. **18. —** Tiburones en aceite. **41. —** Zánganos en Arizona.

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

PRINTED IN SPAIN

Impreso en talleres de

Editorial Bruguera, S. A. – Proyecto, 2 – Barcelona

LOS MARCADOS del CARIBE



CAPÍTULO PRIMERO

El inspector jefe del «Federal Bureau of Narcotics», estudiaba con suma concentración el voluminoso expediente cuyas fotocopias acumulaban toda la documentación referente al extraño caso insoluble etiquetado «Caribbean Marks».

Una investigación que se había iniciado con el descubrimiento de unos paquetes de heroína en el interior de un libro.

Aquel libro de rígidas cubiertas en duro cartoné, era un tratado de avicultura, con la inofensiva fotografía de una gallina en su tapa. Pero todas sus páginas estaban cortadas a ras de la línea novena y veintidós, formando un recuadro vacío en el que iban los paquetes de la mortífera droga, que convertía, lentamente, a sus consumidores en locos furiosos.

El libro estaba en el interior de un coche cuyo único ocupante se había estrellado al despistarse en la carretera del litoral caribense de la península de Florida entre Tampa y Sarasota.

El muerto fué identificado como un conocido «distribuidor» de drogas, varias veces condenado a penas diversas. Pero todos los esfuerzos policíacos para buscar alguna conexión con el muerto y la fuente de origen de la droga, resultaron negativos.

Un recio papel envolvía el libro apretadamente. Papel del que seguía buscándose la procedencia.

Poco después del hallazgo de la heroína en el libro envuelto en recio papel, un billete de diez dólares en poder de una corista residente en Nueva Orleans, pasó a estudio del laboratorio policial, que lo remitió a la oficina central del FBN en Nueva York.

Porque el papel del billete de diez dólares, era de idéntica fibra y calidad al que envolvía el libro conteniendo la heroína.

El billete estaba perfectamente falsificado. Tan sólo tenía un leve error. Lo que en argot policíaco se llama «marcado». La letra «i» tenía

su punto ligeramente desviado de la verticalidad.

Intuyendo la conexión entre la heroína repartida a profusión por Florida y Luisiana, y la plaga de billetes de diez dólares falsos inundando locales de diversión por el golfo del Caribe, las Brigadas de Stup-Count (Estupefacientes y Countrefaçons: Falsificaciones), iniciaron redadas de elementos fichados en Nueva Orleans y Miami. Fueron puestos, sucesivamente, en libertad hábiles falsificadores y taimados contrabandistas, al demostrarse que no tenían relación con el caso que empezaba a ser obsesivo.

Las brigadas del FBN dejaron de hostigar a los inconscientes distribuidores o cómplices, dedicándose a buscar alguna pista, por leve que fuese, de la banda que era llamada en los archivos secretos: «Los marcados del Caribe».

Acreditaba suficientemente aquella etiqueta la sucesiva aparición de cuatro hombres muertos en misteriosas circunstancias.

Un confidente en Nueva Orleans, dos policías del FBN, en Miami, y un inspector del propio FBN central, enviado desde Nueva York y cuyo sudario fué el lodo del Mississippi en su desembocadura en el Caribe.

Las cuatro víctimas habían informado que estaban a punto de obtener una información sensacional referente a uno de los miembros del «gang» llamado por la policía «Los marcados del Caribe».

Y los cuatro, aparte otras heridas mortales resultantes de una brutal paliza, llevaban la misma rúbrica macabra: un cable de acero que les apretaba la barbilla contra las rodillas, rodeándoles el cuello.

Aquella «marca» estranguladora era posterior a los hematomas y fracturas causados en la bestial paliza.

Este era el resumen del expediente, cuyo informe final era el del forense, sobre la muerte del inspector enviado desde Nueva York por el FBN. La jefatura del FBN consideraba que había llegado el momento de que un agente especializado en drogas y falsificación emprendiese personalmente aquella investigación.

Debía disponer de plenos poderes con mando eventual sobre cualquier graduado policía de Luisiana y Florida. Tenía que ser, además de inteligente en deducción, un hombre duro, implacable y tosco.

Es decir, lo mas parecido a un traficante en vidas humanas como lo eran los «Marcados del Caribe»

La jefatura del FBN aprobó el nombramiento con plenos poderes, del sargento Brian Trevor.

Brian Trevor, del Cuerpo de Investigación Criminal, de Chicago, tenía un historial espeluznante. Al servicio de la Ley.

Nacido en los arrabales de Chicago, ingresó como aprendiz en los mataderos. A los dieciocho años, vengó la muerte de un compañero

suyo, baleado por unos atracadores.

A solas consiguió la pista, y empuñó su primera pistola, al arrebatársela al atracador más próximo cuando irrumpió en el cuarto en que se hallaban los tres pistoleros jugando al poker. Subió Trevor por la escalerilla de incendios y empleó el cuchillo de matarife contra el primer pistolero que le disparó. Acribilló a los otros dos, y fué a presentarse a la policía. Entregó las tres pistolas descargadas.

Le preguntaron por qué había vaciado los cargadores. Contestó Trevor que había sido para evitarse la tentación de descargar el resto del plomo contra «la plantilla de inútiles enchufados que le estaba resultando los polizontes».

Este fué su ingreso en el Cuerpo de Detectives, de Chicago.

Su historial y fotografías pasaron al FBN, cuando este organismo interesó su afiliación, al ascender a sargento tras doce años de accidentado servicio.

Si en la foto de frente y perfil no estuviera reproducido el emblema del FBN, y hubiesen colocado unos números en placa sobre el pecho de Brian Trevor, cualquier agudo observador hubiese apostado sus ahorros a que aquel flaco rostro de claros ojos grises, era la imagen de un célebre *gangster*.

En las observaciones desfavorables sólo se mencionaba:

> «Exaspera por su flemático matonismo. Expedientado tres veces, por maltratar a personajes conspicuos y hasta entonces irreprochables. Sobreseídos los expedientes, ya que los denunciantes resultaron ser culpables de lo que sospechaba Trevor. No deben encomendársele, salvo casos de extrema necesidad, misiones en las que se requiera diplomacia o contactos con gente distinguida.»

***

—…Y fué el momento que aprovechó el astuto lobo para arrearle el dentellazo padre a la palomina ésa. Y mientras iba tragando, el astuto lobo se reía infernalmente, como un condenado verraco. Eso les pasa a las mocosas que salen de casa solas. Se las zampan.

La niña, que cabalgaba uno de los durísimos muslos del narrador, dilataba los ojos, asustadísima. El hermano de la niña, mayor en un año, dejó caer desde la altura de sus siete años:

—Bien hecho por ser una palomina. Oye, tío, tengo que confiarte un secreto de hombres.

—A casa, niña — indicó Brian Trevor.

Desde el umbral de la casa, una mujer llamó:

—¡A comer!

—Me confiarás tu secreto después, machote — dijo Brian Trevor.

Enderezó su enjuta musculatura, desperezándose a fondo.

Su hermana intentaba convencerle de que en vez de recurrir a su imaginación, Brian Trevor le leyera a la niña cuentos impresos, porque el léxico estaba esmeradamente cuidado en las lecturas infantiles.

Desistió de convencerle, cuando su hermano, sinceramente ofendido, rebatió:

—Eso es lo que pasa por ser blandengue. O sea, que al contarle inocentes historietas saludables a tu mocosa, me pongo de un fino que atufa, y encima reproches. Que le cuente historietas el gandul de tu marido.

El cuñado de Trevor, un contable metódico y distinguidísimo, tardó en acostumbrarse al estilo y maneras del sargento detective.

Pero al cabo de cierto tiempo era el primero en pasar momentos angustiosos, esperando el regreso de su cuñado, enviado en misión secreta.

El contable nunca se había peleado con nadie. Tuvieron que sujetarle para que dejase de martillear con un libro Mayor la cabeza de un colega suyo, que había asegurado que Brian Trevor era un insensible matón sin alma.

—Tiene más alma que todos nosotros juntos — gritaba el contable, sujetado por varios compañeros —. La emplea en personas buenas. Pero si es tosco y duro, es porque odia el crimen y al delincuente. Y gracias a hombres como mi cuñado, nuestras casas están seguras.

Brian Trevor fué a visitar al circunstancial adversario de su cuñado, y le dijo:

—Usted tiene razón, señor. Mi apariencia es desagradable y soy antipático porque tengo la piel del rostro muy tirante. Se me quedó así, mientras abrazaba a Rusty Parks. Era mi único amigo, mi único afecto. Me lo mataron tres criminales. Yo tenía sólo diecisiete años. Ingresé en la policía, y se fué haciendo más tirante la piel que me recubre, porque vi morir a muchos compañeros. Ya he intentado sonreír, pero es peor. Dicen que parezco una cobra. Por los huecos y los ojos.

Contemplando los claros ojos grises en el anguloso rostro, el contable pensó que aquellas pupilas debían escalofriar mirando coléricas.

Pero no sabía que Brian Trevor miraba con idéntica expresión, estuviere o no encolerizado.

—Me dolería que riñese con mi cuñado por una bobada, señor. Ya le he echado la gran bronca. Toda persona decente como usted, tiene derecho a decir que soy un fantasmón. También lo dicen los otros, los que no son decentes. Claro, que a éstos, procuro darles el gusto.

Brian Trevor tuvo otro acérrimo defensor en el contable colega de su cuñado, que decía, maravillado:

—Ha de ser un hombre excepcional, porque mi perro Nerón que no quiere tratos ni con el vivario, le hace fiestas. Y mi hija Mary, que rechaza a los suspirantes por docenas, asegura que Brian Trevor es fascinador.

Machas mujeres declaraban que Brian Trevor era fascinante: le encontraban el físico aspecto de Gary Cooper con la inquietante expresión de Marlon Brando.

Brian Trevor rechazaba también por docenas a las que insinuaban que sería un marido estupendo: alegaba que pensaría en serlo, cuando el reuma le atacase hacia los cincuenta años.

Pero su hermana sabía por qué Brian Trevor no quería iniciar ningún amor con vistas al matrimonio. Lo confesó cierta noche.

Regresaba fatigado, y con un vendaje sosteniendo el apósito que taponaba una herida de bala en su costado.

—«Dog» Garfield se despidió como un valiente, quemando dos cargadores, antes de que pudiera meterle mano. Encontré a su lado a la que era su novia. Lloraba, me maldijo y me dió una coz. No se la devolví porque me entró de pronto mucha pena, Joan. Hombres como «Dog» y como yo, no podemos ni debemos casarnos.

—Tú…, ¡tú eres muy distinto a un asesino pistolero, Brian! —protestó ella indignadísima.

—Ellos son los dragones y yo San Jorge. Pero en el fondo, Joan, equivale. ¿Qué clase de existencia le daría yo a una esposa, siempre pendiente de si regreso o no? Bueno, nada de lloriqueos, maldita sea el queso. Esto es lo que me revienta y por eso nunca me pongo tierno. La gente que uno aprecia, se pone a echar agüilla por las mirillas, y uno se queda como si acabase de pisarle el rabo a la recién casada en un baile de la Embajada inglesa. Por eso no quiero ponerme tierno contigo ni con nadie. Venga, caray, que eres madre de familia. Vamos, dale un beso a bebé Brian. Tú sabes que yo siempre regreso. Y bien pensado, no sé por qué. Para verte lloriquear y contemplar a este gandul de marido que tienes, que con el cuento de sumar cifras, dice que trabaja.

Al principio, todo el mundo sentía inquietud o instintiva antipatía hacia aquel individuo de flaca anatomía y de claros ojos grises, inhumanos.

Pero el inspector jefe del FBN conocía sobradamente al sargento detective Brian Trevor. Ya no le horripilaba el modo de hablar, mordiente, desafiante, del que acababa de instalarse ante él.

—¿Estudió a fondo el expediente de «Los marcados del Caribe»?

—Hasta por el forro, jefe.

—Hay un punto delicado.

—¿Uno solo? Diga mejor que hay una montaña de niebla envolviendo un negro túnel en cuyo interior juegan a canitas unos hijos de Harlem.

—No me refería a la investigación que va usted a llevar personalmente, sino a usted mismo. Se le conceden plenos poderes en Luisiana y Florida. Es decir, usted en el fichero secreto de todos los jefes de Precintos Stup-Count es el hombre que puede dar órdenes a quien sea, hasta al propio jefe si es preciso. Y a cualquier patrullero sea cual sea su grado.

—Ya… Y por si llega el caso, quiere usted que me encasquete una chistera y me enfunde un par de guantes color pato.

—El pato, aunque lleve guantes, se queda en pato. Pero usted, cuando se lo propone, puede ser amable, incluso simpático.

—Rusty era amable y simpático. Murió a los dieciocho años.

—Tenga en cuenta, que la placa con contraseña especial que va usted a usufructuar, le atribuye la facultad de dar órdenes, pero tenga también en cuenta, que son colegas suyos.

—Tengo en cuenta que han matado a cuatro, estrangulándolos en «bésatemeniscos» de propina. Tengo en cuenta que están repartiendo drogas, que aniquilan a estudiantinos. Tengo en cuenta que hay un reparto de billetes, y que una mujer que sudaba lágrimas y vergüenza en un cabaret, fué a comprar coles, nabos y patatas, y le dijeron que era una falsificadora. Eso es lo que yo siempre tengo en cuenta. Y no nos doremos la píldora, jefe. Yo no sirvo para finuras. Déle el trabajito a uno de la Brigada Social.

—Si le ordenamos esta investigación con plenos poderes, es porque pensamos que al menos tiene usted la cualidad de acertar.

—Procuraré envolverme en celofana. No se preocupe por nuestros cofrades mientras no me pongan pegas. De todos modos, y le consta, siempre prefiero pisar solo. Si doy un tropiezo y son callos de pez gordo, me la cargo solo. Después vienen los expedientes contra mi menda. Pero, ¿verdad que a menos de matarme, cuando me agarro a un escamoso, así sea senador, hay escamas?

—Bien, bien… ¿Por dónde piensa empezar?

—Miami. Tengo la lista de los locales en que al cerrar caja, se encontraron billetes de diez con la «i» de marras, esta «i» borracha. En lo archivado, no dice que se haya pregonado en qué consiste la falsificación.

—Sólo se ha aludido a que el papel no cruje con la nítida solidez del legitimo. Y recuerde: sólo una meta, Trevor.

—Que me encanta. No son los tentaculillos sino la cabeza del pulpo la que hay que cercenar.

—No estamos ante un «gang» vulgar, sino ante una organización

perfecta, que se informa prontamente de los pasos que se dan en contra.

—Yo veré si le sigo los pasos al consejo de administración de esta sociedad. En fin, voy a darme un paseo y remojarme un poco el garbanzo en las ricas olas de Miami. No le vendría mal mi poco de ejercicio, jefe. Está echando una asquerosa tripita.

El jefe del FBN se miró el abdomen, diciendo irritado:

—Usted parece alimentarse con cemento y clavos, pero la gente normal…

Se calló, porque estaba solo.

Otro detalle de Brian Trevor era que sabía deslizarse silenciosamente como un duro y erecto alambre calzado de fieltro. Pero sólo mientras iniciaba una investigación…

CAPÍTULO II

El atildado camarero del «Tropics» de Miami, esperó la petición del desconocido, que señalando hacia un estante, dijo:

—Aquella botella con un albaricoque pintado, ¿qué clase de matarratas encierra?

Tras unos segundos dedicados a asimilar aquel lenguaje tan impropio del empleado por la distinguida clientela, el camarero informó en tono reverente:

—«Apricot Brandy, Fockink», señor.

—Total, un coñac con sabor de albaricoque. Écheme una ración.

El camarero, mientras escanciaba, pensó que aquel cliente no tardaría en reingresar dentro del pijama a rayas, si asomaba cualquier policía.

Brian Trevor tendió un billete de diez dólares. Llevaba la tarde entera haciendo lo mismo con aquel billete.

Lo presentaba esperando el cambio, en cada uno de los locales reseñados en su lista de Miami. Hacían crujir el billete, y se lo devolvían, alegando que se fijase bien y tratase de recordar dónde se lo habían dado. Sus flacos dedos reconocían ya a ojos cerrados, la leve diferencia entre el crujido legítimo y el que no lo era.

También el camarero del «Tropics».

Sin mirar el billete, el camarero se limitó a estrujar Uno de sus ángulos. Instantáneamente, su expresión de profesional ausencia, se trocó por la mueca, triunfal del hombre receloso que ve confirmadas sus sospechas.

Devolvió el billete, diciendo en voz baja:

—Es falso.

Brian Trevor encendió un cigarrillo, como sí en el hueco de su mano tuviera, un mechero. En realidad, se había limitado a rascar con la uña del pulgar la cabecilla fosforada.

—¿Quién es falso? — preguntó, recogiendo el billete, y mirándolo, tenso, al trasluz.

El camarero prefirió llamar discretamente al encargado de sala, elevando la barbilla y señalando al cliente.

Acudió un elegante y corpulento sujeto, impecable en su *smoking* playero.

Brian Trevor mostró el billete de diez dólares, extendido entre sus dos manos.

—Este de la chaquetilla de almirante, pretende que mi billete es falso. ¿Estamos en la Casa de la Moneda o qué?

El impecable encargado sólo echó un rápido vistazo al tenso billete, y dijo en voz baja:

—Es falso. Le ruego abone su consumición con otro billete.

—¿Qué le pasa a este billete? — remachó, tercamente, Trevor.

—La casa será la primera en lamentar tener que llamar a la policía — advirtió, tenuemente, el encargado.

Manteniendo siempre tenso entre sus dedos el billete, insistió Trevor:

—Este «diez» es bueno; ¿por qué lo ve usted falso?

Se habían acercado varios concurrentes. Con expresión de nombre resignado a beber vinagre, indicó el encargado:

—Cambie el billete al señor, Melvin.

Se disipó la curiosidad de los que volvieron a alejarse. El encargado manifestó:

—Acompáñeme al teléfono, señor. Deberá usted indicar la procedencia de este billete a la policía.

—Vamos a ello, Melvin.

—Melvin es el camarero. Yo me llamo Patterson.

En el pasillo de las cabinas telefónicas, el camarero que había estrujado el billete que entregó por segunda vez Trevor, alcanzó al encargado. Le susurró al oído:

—Ha dado el «cambiazo». Este es bueno. Cruje bien.

Alargando el brazo, Trevor recogió el billete. Volvió a mostrarlo a Patterson, tensando el papel entre los dedos.

El camarero se alejó apresuradamente, reclamado por el tintineo de cucharillas.

Patterson miró y dijo, desdeñosamente:

—Le felicito por su juego de prestidigitación, amigo. Pero el primero que enseñó era falso. Este puede cambiarlo.

—¿Sí? ¿Y cómo es usted tan penetrante, compadre? ¿Por qué le

gusta este billete y el otro no?

—Lárguese, amigo. No tengo por qué darle la menor explicación.

—¿No?

Patterson se encontró, instantáneamente, blocado contra el fondo de una cabina telefónica.

Sus pies no tocaban el suelo. Y no obstante, se mantenía muy erguido, teniendo contra el cuello y bajo la barbilla, un antebrazo. Ajeno. Y que se le antojó una vigueta de hierro.

Brian Trevor retrocedió un paso, apoyándose en el quicio de la cabina. Mas que la reciente opresión del antebrazo sobre su nuez, lo que retrasaba la vuelta a la normal respiración de Patterson, era la expresión de los ojos claros, inhumanos, penetrantes, del que decía mordiente:

—Se puso grosero, hombre. No quiere a darme explicaciones, pero afirma con la majadera majestad de los que lucen *smoking* de pago, que un billete es bueno, que el otro es falso… Todo sin tocarlo para tantear el crujido, como hizo el honrado Melvin. Vamos, vamos, que el cliente siempre tiene razón, caray. Explíquele por qué le difamó.

Deglutiendo ya con normalidad, Patterson fué arreglándose el cuello y la corbata mariposa.

Sus ojos expresaban rencor, pero declaró con solemne empaque:

—Los billetes de diez que circulan profusamente, tienen el punto de la «i» desviado.

Con el índice y el mayor, Trevor empujó por la pechera al conocedor del detalle secreto, que sólo sabían los jefes de policía.

El encargo del «Tropics» era fornido, y sabía expulsar e atléticos bebedores camorristas.

Su primer impulso fué golpear.

Se incrustó él mismo en la pared de fondo de la cabina, al recibir el seco izquierdazo de canto en su antebrazo y el toque de los dos dedos tensos en su frente.

Más que el dolor le mantuvo quieto, el oír:

—¡Quieto, moscardón! No estamos jugando, caray. Te estoy mirando y no me acabas de hacer el peso. Resulta que conoces el truco de la letra borracha. Y esto sólo lo saben en el Departamento del Tesoro… y los que hicieron los billetes. ¿Con quién me quedo. Patterson? ¿Eres del «TR-D»? No. ¿Eres entonces…? Soy todo orejas, créeme.

Apresuradamente, manifestó Patterson:

—Hace unas noches al pasar junto a una mesa, oí a una señorita comentar este detalle que yo ignoraba. Y a partir de entonces, en vez de hacer crujir el billete, me fijo en la letra.

—¿Quién es ella?

—No sé si debo…

—Sí, hombre. Ya hay confianza entre nosotros, ¿no?

—Dalilah Benton.

—¿A qué horas asoma por aquí?

—Es animadora del «Verbera».

Brian Trevor estaba convencido de la sinceridad de aquel individuo, cuya expresión revelaba bien a las claras que no tomándole a él por agente del Departamento del Tesoro, iba a callarse aquella entrevista confidencial sostenida en el angosto espacio de la cabina telefónica.

Lo comprobó preguntando:

—¿Llamamos a la policía, «chummy»?[1]

—El camarero le entregará el cambio, señor.

Aquellos ciudadanos envalentonándose con un provinciano, y que se acobardaban ante cualquier elemento que les pareciera muela de engranaje de un «racket», asqueaban a Brian Trevor.

Pero tenía pájaros mayores que cazar.

Al no verle, Patterson escupió rabioso, y minutos después, con ceremoniosa majestad, fué de mesa en mesa.

Se limitó a encoger los hombros; cuando el camarero Melvin susurró que el «tough» de los ojos claros, se había ido sin pagar su «Apricot Brandy-Fockink».

Pensó Patterson que era una pérdida insignificante comparada con las que podía sufrir la seductora Dalilah Benton, máxima atracción del «Verbena».

***

Dalilah Benton estaba acostumbrada a que la mirasen de dos maneras: con reluciente codicia los hombres, con desprecio envidioso ellas.

Pero pocas veces había sido detallada de manera tan rara como la que ostentaba la mirada de aquel larguirucho, de ásperos cabellos cobrizos y de engañosa flacura que rellenaba las mangas de su traje gris.

Dalilah trató de definir lo que expresaban aquellos clarísimos ojos. Era algo así como si su dueño se estuviera preguntando por qué les estaba permitido vivir a las animadoras.

Estaba ella muy orgullosa de sus ojazos que sabía emplear, y de su rostro lo suficientemente llenito para que las mejillas ostentasen dos hoyuelos.

Y en cuanto a figura, estaba ahíta de oírse decir que parecía la propaganda de una finísima y estimulante lencería parisina.

Cantaba en tono grave, de contralto. Pero no acudían a oírla, sino

a verla. Era una exhibición.

Y al terminarla, volvió a contemplar, dubitativa, al individuo de huesudo semblante en el que la tirantez de la curtida piel hacía resaltar más la transparencia de aquellos extraordinarios ojos.

En el camerino ya, pensó que así debían mirar los verdugos asiáticos: con indiferencia, con absoluta convicción de que la muerte era un inapelable fin de viaje.

En la puerta del camerino, el *manager* artístico especificó:

—En la mesa doce, hay un forastero, de Chicago. Dice que es viajante en ferretería, y que quiere verte de cerca.

—Eso es — aprobó una voz tras él.

El tono mordiente ya lo conocía el *manager*. Se retiró con sonrisa cómplice.

Cerró Trevor la puerta del camerino con las espaldas.

Dalilah Benton entrecruzó los antebrazos sobre el reborde del biombo de triple mamparo sonrosado.

Estaba inquieta, sin saber por qué, ante aquel flemático desconocido, pero sabía tratar a muy variadas clases de hombres.

—Ya me está viendo de más cerca, Chick.[2]

—Así, quietecita, está usted despampanante, Lil.

—Gracias. ¿Qué se le ofrece?

—Todo. Porque está usted tiernecita para estar en pepitoria.

—Me está usted asustando terriblemente, Chick — sonrió ella.

La sonrisa brotaba de sus labios, del mismo modo mecánico que una muñeca emitía sílabas, según la manejaran.

—¿Qué clase de tela es la del biombo? La estafaron si le dijeron que servía para tapar. Por mí, encantado.

Recogió ella una bata, que fué revistiendo.

—Yo encantado, pero menos que los bañistas de Mulberry, Sarasota y Everglades.

Crispó ella las manos en torno al cinto de la bata, y prosiguió Trevor:

—En la playa de Mulberry, una rubia despampanante invitó a cigarrillos a varios estudiantes. Era un obsequio. Marihuana, para darles el anhelo de comprar más. En «Concha Caribe», de Sarasota, una rubia despampanante vendió heroína, y la misma rubia enigmática compró, en Everglades, un «Cadillac» último tipo. Lo pagó en fajos de diez. Falsos. Vendió el «Cadillac» a mitad de precio, en Tampa, cobrando en billetes buenos.

—¿Y a mí qué me cuenta, Chick? Yo no era esa mujer, aunque sea rubia.

—No era ella, pero en cambio sabe distinguir uno falso de uno legítimo.

Dalilah Benton tendió el brazo hacia la puerta:

—He sido excesivamente condescendiente. ¿Quiere irse?

—Tan pronto venga conmigo.

—¿Yo con usted? No me haga reír… Primeramente, voy con quien me place. Y segundo: no sé quién es usted.

—Brian Trevor, natural de Chicago, de profesión sargento detective.

Titubeó ella, diciendo como si pensase en voz alta:

—Los policías van siempre de dos en dos.

—Los peores son los que van sueltos — aseguró Trevor.

—Yo no he hecho nada que me obligue… Quiero telefonear.

—No hay inconveniente. Agárrese al trasto.

Por encima del biombo tendió Trevor el aparato. Lo recogió ella, manteniéndolo contra el busto, mientras discaba. Lo colocó sobre el tasador, aplicándose al auricular.

—Tengan la bondad de llamar al señor Rice. Sí, Dudley Rice. Es urgente… ¿Cómo?

Una expresión desencantada sustituyó a la de falso aplomo y, ahorquillando, advirtió:

—Está cometiendo un error, sargento. Yo no tengo nada que reprocharme, vis a vis de la policía.

—Yo tampoco. ¿Quién es Dudley Rice?

Mudándose, inclinada, dijo ella:

—Apártese. No tengo armas, ni pienso escapar. Parece mentira… también. Un hombrón como usted, acusando injustamente…

—¿Por qué no se puso al aparato su salvador?

—Se fue del hotel. Y si estuviera por aquí, ya vería usted…

—Eso quiero. Verle.

Dalilah Benton estaba realmente preciosa con el ligero vestido estampado, y se comprendía que fuese la máxima atracción visual del «Verbena». Miró, pensativa, al silencioso policía, y preguntó:

—¿Por qué me detiene usted?

—¿Yo? Yo me he contentado con invitarla a venir conmigo al «Tropics». Nada más.

Frunció ella el ceño, irritada:

—¿Disfruta, asustando? O sea, que quiere invitarme a dar una vuelta, y me habla de drogas, de rubias, de falsificaciones…

Aquella muchacha era tonta o disimulaba con arte.

—Escuche hermanita: ¿conoce al encargado de sala en el «Tropics»?

—Patterson. Un imbécil que se cree irresistible.

—¿Están de uñas?

—Ni fu ni fa.

—Patterson jura que le oyó decir a usted algo referente a la falsificación de billetes.

—¡Será embustero! — exclamó ella, llameantes los ojos.

—¿Quién?

—Él. Yo nunca le dije a él…

—Patterson se escurría por entre las mesas, como es su vocación y obligación, cuando la oyó. Es sencillo: dele un telefonazo a Patterson.

—¡Naturalmente que sí!

Pero cuando ella llamó a Patterson, puso Trevor el aparato horizontalmente, boquilla bajo los rojos labios, y auricular hacia arriba. Olía a Jazmín aquella hermosa pavita…

—Patterson al habla. ¿Qué deseas, Dalilah?

Apuntó Trevor la boquilla, y ella inquirió:

—¿Qué ha estado usted contando de mí, chismoso? No sé qué a cerca de billetes falsos… ¿Cuándo, dónde?

El auricular gangueó:

—Estaba usted con el señor Dudley Rice, y al pasar junto a la mesa, la oí decir que la «i» de los billetes de diez falsos, tenía el punto desviado. Tuve que repetirlo, no por chismoso, sino porque me interrogó un tipo desagradable.

Apartó Trevor la mano de la toquilla y ahorquilló.

—Ya hemos oído de nuevo mentar al señor Dudley Rice.

Rió ella, intensamente aliviada. Y pronunció, triunfalmente:

—Estaba asustada, Chick. Ya lo comprendo todo, ahora. Patterson me oyó repetir lo que acababa de decirme Dud, y usted indagando, se creyó que yo era una maleante. Verá lo que pasó: Aquella noche, como muchas otras, me llevó Dud Rice a cenar. Después fuimos al «Tropics». Estábamos alegres y le dió un billete de diez dólares a la florista por un clavel. Es muy generoso, pero le recriminé porque era mucho dinero por un clavel, que, además, estaba medio marchito. Le dije, bromeando, que su billete era falso, ya que lo daba a cambio de flor pasada. Y él dijo que los falsos tenían el punto de la «i» desviado. Que no estaba encima mismo de la letra. Y yo repetía esto para recordarlo cuando debió pasar Patterson.

—Aclarado. Vamos.

—¿Cómo, vamos? ¿No dice que ya está aclarado?

—Vamos a visitar a Dud Rice.

—Ya le llamé al Comodor. Es el hotel donde tiene habitación permanente, pero va y viene.

—Viaja mucho.

—Viene a Miami, ¿y a dónde va?

—¿Si? Pero tendrá una residencia fija.

—Nueva Orleans.

Brian Trevor tenía el rostro del jugador de poker. Nada exteriorizaba cuando en su mano tenía una buena baza.

Estaba ya sobre una pista.

—¿Dónde reside, en Nueva Orleans?

Volvió ella a reír eufóricamente.

—Se nota que es forastero en Miami, Chick. Todo el mundo sabe aquí, que en Nueva Orleans los Rice son como en Boston los Cabot. El padre de Dudley es un Big Man que no sabe los millones que tiene. Y su hijo Dud es encantador. Bueno: sargento, ¿me coloca las esposas?

Brian Trevor sonrió. Lo hacía raras veces. Era una mueca siniestra, pero en aquel instante sus ojos expresaban afecto.

—Buena chica, Lil. Dígales siempre la verdad, como ahora, a los malditos polizontes y la dejaremos en paz. ¿Piensa verse con Dud Rice esta misma noche?

—Nunca me dice lo que va a hacer, pero nunca se va sin despedirse.

El índice de Trevor jugó con el collar que adornaba el blanco cuello. Un gesto maquinal, que luego iba a recordar mucho tiempo…

—¿Vamos a prometernos una cosa, Lil?

—Según — sonrió ella, maliciosamente —. Cuando se pone cariñoso, resulta fascinador, Chick.

—Miel sobre hojuelas, entonces. Ya que Dud es un chico rico y encantador, no es el que busco. Pero si llama o aparece, no le diga nada de lo que hemos hablado.

—¿Por qué?

—No quiero que me quiten el pan de mis hijos.

—Ya. ¿Es casado, sargento?

—No, pero voy ahorrando de todo. Al ver a Dud no le cite nuestra entrevista, porque se podría enfadar, y me echarían.

—No quiero que le echen, Chick.

—Apenas lo vea a él, o la llame, deme un telefonazo. Apúntese mi pesebre, para que no le falle la memoria, Lil.

Anotó ella en una pequeña agenda, tras buscar la hojita perteneciente al día de la fecha.

—Habitación dieciséis, Coral Ressort, Tobacco Road — dictó Trevor —. No es un hotel de lujo, pero se está cómodo. Voy a deglutir mi bisté y demás complementos. Después a reposarlo, esperando sus noticias. Si no las hay antes de las once, vendré a verla. Y lo convenido, Lil. Ni una palabra a nadie, ¿vale?

—Vale — sonrió Dalilah.

Muy cerca, Brian Trevor la enlazó, besándola, y ella, cerrados los ojos, correspondió…

—No está bien — susurró ella al apartarse Trevor —. No debiste hacerlo, Chick.

—No deja cicatriz.

Así se despidió, y así la vió por última vez: sonriendo maliciosa,

hermosos de picaresca insinuación los azules ojazos.

En el pasillo, se abanicó Trevor con las solapas. «Estaba de servicio», no se podía flirtear. Había besos que hacían cerrar los ojos, Incompatible con un investigador.

III

Tendido en la confortable cama del 16, Coral Ressort, esperaba Trevor la llamada de Dalilah Benton. Tenía el absoluto convencimiento de que ella cumpliría.

Evidentemente ansiaba que «los malditos polizontes la dejasen en paz», al menos en lo referente a falsificaciones y drogas.

Una chica bonita, no muy inteligente, habladora, espontánea…

Brian Trevor hizo dos cosas maquinales. Mirar su reloj, que maleaba las nueve y veintisiete, y correr desde la cadera al centro del cinto la funda con la «Webley» nueve corto.

Invitó entonces:

—Entre quien sea.

Entraron dos hombres.

Brian Trevor permaneció en la misma postura. Tendido, con una mano bajo la nuca, la otra sobre el estómago.

—Saca la herramienta y te asas, «chummy» — dijo uno de los visitantes, avanzando.

El otro ocupaba la mejor posición estratégica. Cerca de la puerta, a un lado, «cubriendo»…

Brian Trevor volvió a colocar la diestra entrelazada con la otra mano bajo su nuca. Era observado muy atentamente por dos pares de ojos, fríamente duros, vigilantes, recelosos y pacientemente desdeñosos.

Ojos de colegas.

Resultaba curioso. Como ver una película rodada a la inversa, o ser un cazador encañonado por la liebre. Sólo que allí eran tres, los cazadores. Y la misma frase de salutación la había repetido muchas veces Trevor.

—Ponte la chaqueta, y andando, «chummy». Fíjate bien en cómo desdoblas los huesos. Sigue con las manos así, mientras te alivio del peso de la herramienta. ¿Estamos?

—Aparta, Mac, y estaremos todos. No, no… Nada de agresiones entre colegas, caray. Soy Brian Trevor, y si tu «sombra» se agarra al trasto, le basta preguntarle a vuestro jefe, qué significa el reverso de la placa que encontraréis abrochada bajo la hombrera. Bajo el forro,

hombre.

El policía más cercano no dejaba de mirar a Trevor mientras, colocándose la automática bajo el sobaco, recogía la americana colgada de la percha.

El otro, taladrando visualmente a Trevor, marcaba números en el teléfono.

Sacó el primer agente la abrochada placa. El emblema del F. B. N, no en bronce y esmalte, sino en plata y brillantes.

Sólo para enviados especiales. La placa equivalente a «Valor Demostrado». En su reverso, había varios signos cabalísticos grabados en plaquita soldada complementariamente.

El agente mostró la placa en su mano ahuecada a su compañero, que por teléfono preguntó:

—…¿Capitán Somers?

Brian Trevor alargo el brazo, cogiendo de manos del agente, el aparato.

Una voz cortante especificó:

—…Somers al habla.

—Sargento Brian Trevor, habitación 16 Coral Ressort, con dos colegas desconfiando. Si echa un vistazo a cierta orden secreta, los chicos podrán volver a las faenas propias de su sexo. Uno de ellos le describirá mi placa.

Pasó el aparato al que, sosteniendo la placa, fué describiéndola. Y que apartó un poco el auricular para que el otro agente pudiera oír:

—…Mala suerte, Ward. Una pista que se esfuma. Quitaos el sombrero y decidle que si a todo lo que mande el hombre flaco, de cara dura, ojos clarísimos y rizos cobrizos. Es la máxima autoridad ambulante. Pásale el aparato, Ward.

El policía Ward tendió el aparato. Simbólicamente «se quitaban el sombrero».

—…Sírvase visitarme, Trevor. Una novedad estrechamente relacionada con sus últimos pasos. Le espero.

Colgó Trevor, volviendo a abrochar su placa bajo la hombrera. Un sitio tan especial como las características de la Máxima Autoridad Ambulante, pensó el agente Ward.

Al colocarse la americana, dijo Trevor:

—Tenemos coche abajo, ¿no?

—Un viejo «Olds». Me llamo Herb Talbot. Primera.

—Yo Charles Ward, primera al filo de ascenso.

—¿Qué tal? Yo bien, gracias — fué diciendo Trevor, bajando las escaleras —. Entrasteis pasablemente, pero el primer plomo no te lo perdías, Charley.

—Estaba Herb al quite. Cuando el otro toca el gatillo, Herb ya está soplando el humo de su cañón.

Herb Talbot se puso al volante. Esperó Ward a que se instalase Trevor.

Al arrancar el «Oldsmobile», dijo Trevor:

—Os contarían que estuve enseñando un «diez» toda la tarde.

—Fué algo peor, señor.

—¿Quién está aquí dentro, aparte de nosotros tres? Me refiero a que no veo ningún señor.

Rió Ward con la esquina de la boca, imitando a Trevor.

—Si el jefe le llamó, será porque quiere darle la sorpresa él mismo. Pero si usted me lo manda y exige…

—Ya viene aquello. Escuchad, palomos: normalmente soy sargento. Si ahora voy de almirante, no os sintáis picados. A veces añoro cuando pelaba patatas. Llegaba el de puerta, y me chillaba. Pero yo sólo pelaba patatas y si el rancho salía mal, se la cargaba el sargento furriel. ¿A que si ha pasado algo, me la cargo yo y no el capitán Somers?

—De acuerdo, sargento — sonrió, más humanamente, Ward —. ¿Quiere la ficha del viejo Somers? Tiene la barbilla saliente, y muerde el aire. Pero es un buen hombre. Tardó en ascender por cantarle las cuarenta a un pez gordo.

—Cabalmente los que me gustan. Parada y fonda.

Bajó Trevor del coche en el patio del «Precinto Octavo» de la Brigada Criminal de Miami. Al fondo, junto a la puerta del ascensor descendente al sótano, esperaba un hombre grueso, de barbilla muy prominente.

Murmuró Ward, avanzando:

—El viejo se ha molestado en bajar a la «nevera».

El capitán Somers tendió la diestra:

—¿Qué tal, Trevor? ¿Le resumisteis el asunto?

—Esperé a que usted me lo dijese, señor — replicó Trevor.

Bajó el ascensor, y solo al desembocar en el ancho pasillo del Depósito Forense, dijo Somers:

—La visita obedeció a que el *manager* del «Verbena» dijo que momentos antes, un individuo sospechoso había estado con ella. Leímos la dirección apuntada en la agenda, fecha hoy.

—¿Momentos antes… de qué? — quiso saber Trevor.

—De esto.

Retiró Somers el lienzo cubriendo un cuerpo en extraña posición. Doblada, tocándose las rodillas con el mentón, Dalilah Benton había perdido además de la vida, toda belleza.

El rostro congestionado hasta convertir en azul toda la tez…

—Estaba dentro de aquello — añadió Somers, señalando algo sobre la silla a un lado de la mesa de mármol.

Un saco de recia tela.

—Había también un cable cerrando la boca del saco.

Otro cable estaba ciñendo el cuello de Dalilah Benton, pasando tras sus rodillas, manteniéndola en «gatillo». El cable era delgado, compuesto por torcidas de acero y cáñamo. El llamado «filin» por los marineros del litoral del Caribe.

—No hacía falta acelerar la autopsia, y han de venir aún los del equipo técnico del District Attorney. Pregunte, Trevor.

—La dejé sonriente a las siete cuarenta. En su camerino.

—A las ocho y cinco le dijo al gerente que si llamaba alguien, estaba cenando en el automático de la esquina. Cenó sola. A las ocho treinta, salía sola del automático, A las nueve y dos minutos, un patrulla encontraba un saco tirado en la cuneta de la carretera Everglades. En el bolso llevaba ella una agenda con una sola hojilla. Las demás arrancadas. La hojilla llevaba su dirección, sin nombre. Sólo decía «Chick».

Brian Trevor estaba meditando en lo bonita que era Dalilah Benton, dos horas antes.

Crispadas las mandíbulas abandonó la fría estancia.

Ward y Talbot esperaron fuera del despacho. Sentándose, indicó Trevor:

—Quisiera saber quién es Dudley Rice.

—Un ricacho juerguista. Si, se veía mucho con la animadora. Pero si la hubiese matado no emplearía «filin» ni saco.

—Deseo saber dónde está ahora Dudley Rice. Y que traigan aquí a un tal Patterson, encargado del bar «Tropics».

Llamó Somers a los agentes, dándoles la orden escrita de «llamamiento para declarar» destinada a traer a Patterson.

Conferenció con la Brigada Social de Nueva Orleans, después que la dirección del Hotel Comodor hubo informado que a las siete y veinte, aquella misma tarde, Dudley Rice, al volante de su «Cadillac» había emprendido viaje hacia Nueva Orleans.

Mirando el mapa colgado en la pared dijo Trevor:

—Nueva Orleans — Mobile — Pensacola — Tampa — Everglades — Miami, es la autopista general y la ruta más corta entre ambos puntos de destino, ¿no señor?

—El saco lo recogieron en la cuneta de la segunda milla de Everglades a la salida de la ciudad, pero ni el propio Fiscal inculparía, a Dud Rice, salvo cogerle con las manos en… el saco. Y conste que yo no soy de esos colegas que sienten pánico por perder su plaza.

—Lo sé, señor. Estoy atando horarios. A eso de las siete menos diez, le enseño un billete falso a Patterson. Y a las siete y veinte, sale embalado Dudley Rice diciendo que va a Nueva Orleans. Desde Miami para ir a Nueva Orleans, el camino más corto es la autopista que empieza en los pantanos de Everglades, que es donde es encontrada

Dalilah, que pensaba cenar con Dudley Rice. ¿Me permite línea de control de rutas, señor?



—Hay que darle betún al enviado de Chicago...

Al minuto la centralilla del Precinto Octavo Miami, estaba conectada con el control del tráfico rodado de Florida.

Habló Trevor:

—…Averigüen señas del «Cadillac» conducido por Dudley Rice, que salió del Hotel Comodor a las siete y veinte, anunciando que iba a Nueva Orleans. Localicen «Cadillac» en sus «pasadas», sin detenerlo. Vayan remitiendo horario de sus «pasadas». Cierro.

Colgó el auricular, mirando al que entraba empujado cordialmente por Charles Ward. Llevaba todavía su *smoking* playero Patterson. Pero había perdido toda su fatua arrogancia.

El capitán Somers le señaló en silencio una de las sillas. Patterson miró con recelo a su vecino. Extrañadísimo de no verle esposado

—¿Me permite, señor? — inquirió Trevor por deferencia, pero sin esperar el obligatorio asentimiento, añadió —: Hola, Patterson. Somos cuatro trabajadores mayores de edad, y todos con obligaciones por cumplir. Supongo que me recuerdas. ¿Pasó algo cuando yo me fui?

—Me telefoneó Dalilah Benton.

—¿Gran amistad tuya?

—Lo intenté, pero no quiso… Bien, quiero decir que Dalilah es para mí una cliente más cuando va al «Tropics».

—Pero te llama por teléfono.

—Era a propósito del billete que usted me enseñó.

—Yo estaba con Dalilah oyéndote. ¿No pasó nada más?

Patterson miró al capitán Somers, que estaba comprobando la archiconocida elasticidad de un mango de pluma. Miró Patterson a Charles Ward, que al otro lado suyo, contemplaba fijamente el calendario de mesa.

No tuvo más remedio que soportar la extraña mirada que parecía transparente y a la vez transparentar. Dijo:

—Lo siento, pero no sabiendo que usted era policía, apenas colgó Dalilah llamé al señor Rice.

—Acaba de decirme Dalilah que tienes una grandísima amistad con Dud Rice.

—Eso es un solemne embuste.

—¿De quién?

—De Dalilah, señor. Yo tengo deferencia especial con el señor Rice, porque es generoso en sus propinas. Le consta sobradamente a Dalilah que la posición social del señor Rice no le permite amistades con quienes le sirven y recogen sus propinas.

—Conocías la dirección de Dud Rice, como muchas otras personas. Ahora, fíjate en que la buena memoria es el secreto de la longevidad. Repite lo más exactamente posible lo que le dijiste a Dud Rice.

Patterson cerró los ojos y recitó, evocando:

—«…¿Señor Rice? Perdóneme si le importuno Estuvo por aquí un…»

Se interrumpió Patterson y Trevor invitó:

—Adelante buen hombre. No me molestan los calificativos de la gente medio honrada. Adelante, y textual.

—Pues le dije: «…Estuvo aquí un individuo mal encarado con modales de «body-guard» pistolero. Quiso cambiar un billete falso, y me preguntó como sabía yo el detalle de la letra, que sólo conocen los falsificadores y el Departamento del Tesoro. Entonces, y para evitar violencias que podían perjudicar al establecimiento, tuve que decirle que la señorita Benton se lo explicaba a usted, cuando yo pasaba cerca de la mesita ocupada por ustedes dos».

—Tomaste aire después de la parrafada, ¿no? ¿Qué opinó Dud Rice?

—Me dijo que por qué le llamaba para estas tonterías. Le dije que acababa de telefonearme Dalilah, inquiriendo sobre lo mismo. Que yo se lo comunicaba al señor Rice, porque el… individuo en cuestión podía perjudicar a Dalilah. Me contestó que había hecho bien. Y colgó ¿Hice bien?

—Que repita todo esto ante un mecanógrafo, que lo firme, y vuelva a las ocupaciones propias de su sexo. Puede llevárselo, Charley. Sólo una cosa, Patterson.

Dió prestamente media vuelta el encargado del «Tropics».

—Otra vez, cuando se presente un tipo sospechoso, comunica con la policía. Y a partir de ahora, te has vuelto mudo por todo lo que se refiere al billete, a Dalilah y a Dud Rice.

Al salir, seguía Patterson asintiendo vigorosamente.

A solas, inquirió Somers:

—¿Sospechoso el pájaro?

—No estará de más colocarle dos «sombras». Si pusieron en un saco a Dalilah, pudieran hacer lo mismo con Patterson. Nos interesa más fuera del saco. No creo que esté relacionado con el *gang*.

Se iluminó el cuadrante de líneas telefónicas.

—…«Patrol Car 93. Posición WH-2. Referencia «Cadillac», gris plata, matriculado 39339 Nueva Orleans, propiedad de Dudley Rice, conducido por Dudley Rice. A las diez y dos minutos, pasó por la milla catorce autopista, sector Sarasota — Tampa, posición WH-2, Amplíen instrucciones. Cierro.»

—…«Limítense a indicar horario, anotando «pasadas» por cada posición de patrulla. Cierro.»

En pie, miró Trevor el mapa rutero. Con el índice siguió el tramo de autopista desde Miami a la milla catorce de Sarasota — Tampa.

—A las siete y veinte embala saliendo del Comodor, A las diez y dos pasa por la milla catorce, aquí en este punto. ¿En cuánto tiempo con el viejo «Olds» iría usted del Comodor a este punto, señor?

—Pongamos sin quemar la máxima, unos tres cuartos de hora.

—Por lo tanto entre ocho y media y nueve, que es cuando no sabemos por dónde rondaba Dalilah, pudo muy bien estar rondando por Miami, Dud Rice.

—Si usted asume la entera responsabilidad, puedo hacer detener a Dud Rice.

—No tenemos aún pruebas netas. Y de momento interesa saber dónde va, y con quién se entrevista. ¿Dispone de un «velocípedo» para mi uso particular, señor? Provisto de telemóvil conectado con las patrullas. Conducido por Herb Talbot. Cuantos menos me conozcan, menos veces tendré que decirles a mis colegas, que me perdonen si soy un oficinista ascendido temporalmente a Ministro sin cartera.

Transmitió Somers las órdenes y, poniéndose en pie, manifestó:

—Les jeringa a algunos veteranos tener que cuadrarse ante un buen sabueso más joven. A mí no. Creo que vamos a pasar la noche en blanco, muchacho.

—Seguro, señor.

—Me dedicaré personalmente a intentar poner en limpio dónde estuvo Dalilah y con quién desde que salió del automático hasta que entró en el saco.

—Gracias, señor.

—Buen viaje, Chick. Ya sé en qué consiste su supuesta fama de grosero. Superar a los reacios en dar facilidades. Apabullar a los soberbios. Da gusto, pero se tarda en prosperar por este camino, Chick.

CAPÍTULO IV

El «Packard» quemaba de mucho la máxima, autorizado a ello por la insignia especial que brillaba luminosa a ambos lados del parabrisas.

Atravesaba el largo puente tendido sobre los pantanos de Bardenton, cuando dijo Herb Talbot:

—¿Por qué la tratarían así? Debe tener algún significado la postura, el cable y el saco.

—La postura se la dieron apretando en torno al cuello y tras sus rodillas. El saco lo emplearon para no manchar el coche y tirarla a la cuneta. La estrangularon y arreglaron dentro del coche. El saco es uno de los apilados en el cobertizo de construcciones de De Soto Road. Acaban de averiguarlo — indicó Trevor, señalando el telemóvil.

Pestañeaba la lucecita verde: conexión con las Patrullas de Tráfico.

Mantuvo Trevor el pulgar en alto tras haber bajado por dos veces la palanquita, dando la señal de recepción. La rejilla fué retransmitiendo:

—…«Cadillac» gris plata, 39339 Nueva Orleans, propiedad y conducido por Dudley Rice. Ha abandonado autopista Tallahassee, entrando carretera 19. Instrucciones. Cierro.»

Presionó Trevor la palanquita del tubo micrófono, ordenando:

—…«Comunique características carretera 19. Cierro.»

Hubo una corta pausa y la voz precisa en su monotonía notificó:

—«…Carretera 19, a dos millas Cross City, desciende a la costa, ramificándose en tres secundarias que desembocan en Apalache Bay. Instrucciones. Cierro.»

—…«Una sola instrucción. Ordeno inmediata detención Dud Rice. Bloqueen toda salida y escapatoria. Llegamos. Cierro.»

Herb Talbot manteniendo a fondo el acelerador, comentó minutos después:

—Dud Rice es un pez gordo. Su papá es uno de los Big Man de Nueva Orleans.

—¿En qué negocios?

—Todos los que producen, cuando ya se tienen millones. Bolsa, cereales, petróleo, exportaciones, finanzas, hipódromos, casas de juego. En fin, ya conoce usted el material. Lo consideran un gran financiero, y no tiene inscrito ningún negocio turbio.

—Para hacer su primer millón tuvo que andar, anduvo y puede caminar por cualquier sendero. No soy rojo, Herb, ni blanco ni amarillo. Sólo sé que los que hacen muchos millones ya no buscan luego más millones, sino dominar, apretar, sojuzgar… ¿Qué cree usted que deja un negocio en drogas y falsificación, montado en gran escala? No digo que papá Rice, lo haya organizado, pero su hijo pudo sentirse inspirado y con iniciativa propia. ¿No tienen un yate? Sí, verdad. ¿No viaja mucho? En fin, aquella es la carretera 19.

El bloqueo había empezado. Se apartaban los motoristas formando barrera, al identificar la insignia que calificaba al «Packard», como portador de la máxima autoridad policial en cualquier sector de Florida.

En el segundo ramal de la 19, a veinte metros del largo embarcadero que seguía la curva de Apalache Bay, había tres coches detenidos. Dos de ellos parecían querer compartir entre sus radiadores a un «Cadillac», gris plata. Varias motocicletas detenidas sobre sus horquillas, y varios hombres recorriendo el embarcadero y sus accesos.

Herb Talbot, abandonando el volante, fué en busca de un patrullero, mientras Trevor examinaba el «Cadillac» desocupado.

Un individuo de rostro chato, ancha nariz respingona y

negrísimas cejas peludas, se acercó a Talbot, que andando, preguntó:

—¿Por dónde anda el mandamás de la tropa, repórter?

—Es el teniente Olson. Llegó unos minutos tarde y está rabioso. Escarba de pezuña en aquella escalera.

Siguió Talbot hacia donde apuntaba el periodista Moss Harding, y éste apresuró el paso hacia el desconocido que examinaba el «Cadillac».

Brian Trevor señaló el mar, plateado y quieto en la anchurosa bahía de varias bocas:

—No se iría nadando. Debieron oír el petardeo de alguna canoa. ¿O es que tenía el yate aquí?

—¡Fuera, Harding! — vociferó un individuo fornido, acercándose a paso de carga —. Soy Eric Olson, teniente del Precinto Noveno, de Tallahassee.

—¿Y éste quién es?

—Moss Harding, periodista. Al enterarse que se vigilaba el coche de Dudley Rice, relevó al gacetillero de carreteras.

—Todo lo referente a un gran personaje como el hijo de Milton Rice, me seduce — declaró, sonriente, Harding.

Parecía un pekinés que hablase y mirase por las fosas nasales, pensó Trevor, al decir:

—Aparta, Mac. Si le necesitamos, ya la amarraremos. Tírele por la chaqueta, Herb.

El periodista dió media vuelta, y Trevor señaló de nuevo hacia la bahía

—Creí que este plumífero era usted. Repito: ¿Rice se fué nadando?

Eric Olson no ocultó su mal humor.

—Dieron orden de atraparlo cuando ya había metido su «Cadillac» por esta rampa. Mandé un coche por cada ramal. No oímos más ruidos que los de las motos y coches Si escapó es porque le esperaba alguna embarcación, que con sólo cien metros de arranque, se cubre tras aquellos promontorios dando a mar abierta.

—Comunique con los costeros, aunque será buscar una aguja en un pajar. Estarán… ¡Un momento! ¿Qué le pasa a aquél?

Desde el extremo del embarcadero uno de los agentes agitaba en círculos su linterna.

La enfocó cuando llegaban Trevor y Olson. Hacia abajo. Una hondonada alisada. Y una choza bien construida, pensó Trevor al aproximarse. Bien amueblada, pudo comprobar, forzando una puerta. Y deshabitada en aquel momento.

Más allá de la casa, había un gran cobertizo. Un hangar, cuya puerta corrediza estaba abierta. El suelo era de macadam, al igual que la corta pendiente, en cuyo final, había dos largos flotadores.

Brian Trevor miró hacia arriba y a los lados. Dijo entre dientes:

—Los árboles no dejan ver el bosque. Ni tampoco hay que echarles la culpa, si no vieron remontar el hidroavión pilotado por el niñato Rice, Tenía bien dispuesta la retirada. Vamos, Olson.

—Teniente Olson, si le da lo mismo.

Pisando las maderas del embarcadero, dijo Trevor:

—A mí me da igual, pero mientras ha volado el pajarraco. Y amarará donde se le antoje, no precisamente en un puerto controlado.

—Ignoro el grado que tiene usted, aunque me han repetido que es la máxima autoridad el que venía en el «Packard».

—Yo. Comunique inmediatamente con los radar.

Pisando el estribo de su coche, se ladeó Olson. Miraba con sarcástico mal humor al que repitió:

—Comunique con los radar. Cada segundo que pierde extasiándose ante mi belleza, son cien mil revoluciones que da la hélice del hidroplano. ¿Se entera?

—¿No oyeron? — vociferó Olson, mirando en torno —. ¡Aprisa, todos, boca abajo! Traigan betún, cepillos y saliva, que hay que limpiarle los zapatos el enviado de Chicago, que…

Herb Talbot se mordió un lado de la boca.

Moss Harding pestañeó boquiabierto

Aquel gancho en el mentón había resonado seco. Y preciso. Dando de lleno bajo la unión de las mandíbulas del teniente Olson. El segundo puñetazo no se oyó, porque coincidía con el gancho al mentón, hundiéndose en el estómago del teniente Olson.

Y Brian Trevor vociferó:

—¿No oyeron? ¡Aprisa, todos, boca pegada a los «teles»! Y dándole todos al pedal. Comunicando con el servicio radar. Un hidroplano, monoplaza, se elevó hace menos de media hora, desde este punto. Rumbo ignorado. ¡Este rumbo es el que han de transmitir al capitán Somers, Precinto Octavo, Miami, tan pronto lo averigüen! Escampando. A fondo acelerador. ¡Marr…!

La retirada fué unánime y contagiosa. No querían presenciar el modo de levantarse del poco apacible teniente Olson.

Herb Talbot se sentó tras el volante del «Packard».

Moss Harding se deslizó entre el «Packard» y el «Cadillac».

Inclinado, Brian Trevor cacheaba a Eric Olson, quitándole la pistola. La sostuvo por el cañón, a la vez que tendía la diestra.

Sentado, meneando la cabeza, Eric Olson se pasó primero la mano por la barbilla. Después la bajó rápidamente…

Tocó la funda vacía.

—¿En qué guerra no ha estado, teniente Olson? Yo soy simplemente un sargento, pero si me ordenan obedecer a la criada del

coronel, le llevo la cesta. Le he quitado la pistola por aquello del primer mal momento. Luego nos hubiéramos arrepentido los dos. Mientras un jefe del «gang» volaba escapándose, usted entreteniéndose en inducir a no hacerme caso a sus subordinados. Informaré a quien compete.

Poniéndose en pie, replicó Olson entre dientes:

—Yo también. De estos dos puñetazos nos acordaremos los dos. ¿Cómo se llama usted? ¿Por qué hizo que se fuera mi coche?

—Su coche está al servicio de la nación. No necesito el «Packard», Herb. Lleve al teniente Olson donde le mande. Informe al capitán Somers punto por punto, Herb.

Tiró Trevor la pistola del teniente Olson en el asiento posterior del «Packard» yendo hacia el «Cadillac».

El «Packard» arrancó en raudo semiviraje. Atrás iba Eric Olson palpándose mandíbula y estómago.

Brian Trevor abriendo la portezuela del «Cadillac», miró el llavero hincado en el contacto. La cadenilla era de platino, el estuche piel de dóngola.

—Creo que puedo serle útil, Gran Manitú. Me llamo Moss Harding. Tengo residencia en Nueva Orleans y viajo frecuentemente entre allá y Miami. Soy indiscreto por profesión. Bien, Hasta un cierto límite. La urgencia de la misión y sus plenos poderes justifican el doble gancho. Pero que yo sepa, a Eric Olson nadie le pegó ante sus fuerzas alineadas. Yo sí que estuve en la guerra. Ningún general accidental le pegó a un oficial ante el resto de la tropa.

—Ningún oficial hacía chistes malos, mientras el general trataba de que localizasen lo antes posible al enemigo en fuga. Y mucho menos ridiculizar a una autoridad. A mí pueden tratar de ridiculizarme, pero si me han dado una autoridad plena, es a ella a la que tiene que respetar Eric Olson. Y a todo eso ¿a usted quién le dió pito en esta orqueste?

—Cuando supe que perseguían a Dud Rice me entró un gran alegrón.

—Suba. A lo mejor, dice algo interesante.

Puso en marcha Trevor, y a su lado, sentándose, dijo Harding:

—Dud Rice es simpático, encantador, guapísimo, etc. Y también un degenerado derrochador inútil.

—Veo que le es muy simpático.

—Horrores. Me pegó en forma escandalosa y en público. Nada de dos puñetazos saludables como éstos que no digerirá en su vida el teniente Olson. Estaba yo tomando café que es la vida de las venas del hombre fatigado, cuando llegó Dud Rice. Era en una cafetería del Vieux Carré de Nueva Orleans. ¿Conoce Nueva Orleans?

—Yo no. Pero usted horrores, ¿a que sí?

El «Cadillac» desembocó en la autopista general. Viró Trevor hacia el norte.

—¿Dónde le echo abajo, Harding?

—Me da igual. Donde se harte de escucharme.

—De acuerdo. ¿Por qué le tocó la cara Dud Rice?

—Fué peor. Empujó la taza de café mesándome los cabellos con la otra mano. Y al mismo tiempo con el pie retiró el taburete en que estaba yo sentado. No me dejó llegar al suelo. Me dió un puntapié y me quedé «groggy». Todo porque escribí que era un degenerado retoño de la fuerte rama Rice. Su papá me llamó al día siguiente. Fué un gran honor. Nadie hace entrevistas con el viejo Rice. Nadie se acerca al viejo Rice.

—Usted pudo. El viejo Rice no quería que se publicase lo del café sorbido por las narices.

—Sí y no. Me dijo que aborrecía a su retoño porque era un inútil imbécil. Que yo podía publicar lo que quisiese, pero que a mentecatos como su hijo Dud, lo que les mortificaba más era permanecer en el anónimo. Yo pude colocar pocas palabras. Me dijo Milton Rice que algún día me proporcionaría un buen reportaje. Es un tipo impresionante.

—Voy a ver si me impresiona. Siguiendo la autopista se llega a Nueva Orleans, dice la pancarta.

Arrellanándose más cómodamente, manifestó el periodista:

—Puedo servirle de cicerones por el París del Caribe, si como supongo se dirige a Nueva Orleans.

—Voy.

—Conozco al dedillo la familia Rice. ¿Qué clase de delito ha motivado la persecución de Dud Rice?

—Si lo ve, pregúnteselo. Aquella ciudad que se aproxima es toda suya, plumífero.

—No tengo nada en contra de Tallahassee. En cambio estoy resentido con Nueva Orleans, porque esclaviza, corrompe, ablanda, suscita el odio-amor… Claro que me figuro que para usted no existirá ni odio ni amor. Nada de complejos y complicaciones. La humanidad dividida en dos razas: una la de los criminales en potencia, o sea toda la humanidad menos uno. Usted, la otra raza, el cazador implacable.

—¿Baja usted o le echo, psicólogo?

—He conocido *gangsters* y policías de todos los calibres. El más duro de ellos había sido niño ¿Usted lo fue alguna vez?

—Aparta, Mac — rezongó Trevor, dando un codazo y embragando.

El periodista saltó ágilmente a la acera, y con el portazo, el «Cadillac» embaló, atravesando la capital de Florida.

V

Eran las ocho de la mañana cuando el «Cadillac» gris plata se detenía ante la Central Telefónica de Nueva Orleans.

Nueve horas seguidas de carretera, sólo con una parada en Pensacola, para deglutar huevos, jamón, jugos y café en una cantidad de camioneros, fatigaban pese a la suave suspensión del «Cadillac» de Dud Rice.

En la centralilla de llamadas preferentes, Brian Trevor oyó la voz de un soñoliento Charley Ward, sustituir a la del policía telefonista del Precinto Octavo de Miami.

—…No es preciso que despierte al capitán Somers. ¿Novedad relacionada con Dalilah?

—…Cerca de la pila de sacos de las obras en De Soto Road, se fotografiaron las huellas de neumáticos. Son las mismas huellas que fotografió Herb Talbot en la blanda tierra del embarcadero de Apalache Bay. Por cierto: el teniente Eric Olson ha denunciado que…

—…Es ajeno a lo que nos importa, Ward. ¿Novedades de Dud Rice?

—…Un costero, dos pesqueros y un cargo, han avistado a media noche, y en última comunicación a la una y ocho minutos, un monoplaza rumbo golfo Campeche. El capitán ha comunicado con la Jefatura de Veracruz, y han empezado la búsqueda

—…Si hay novedad importante, comuníquenla al inspector en jefe de la STUP: Albert Conroy Me dirijo a visitarle.

Alto, grueso, de ondulados cabellos rubios y ambigua sonrisa diplomática, el inspector Albert Conroy condensaba mucha inteligencia en sus brillantes pupilas azules. No vino solo al despacho en que la esperaba Brian Trevor.

Le acompañaba un hombre aún joven, de mediana estatura, que procuraba acrecentar manteniéndole erguido. Llevaba bajo el brazo una cartera.

—Le presento a Norman Lloyd, ayudante del Fiscal del Distrito.

—¿De qué distrito?

Norman Lloyd, abogado, «A. D. A.»,[3] dijo con solemnidad:

—He deseado estuviera presente el inspector Conroy, cuya jurisdicción tiene mando en la Brigada Social, ya que la materia que origina mi presencia y ha causado retraso en la llegada del inspector…

—Resúmalo, Lloyd — invitó sonriente Conroy —. El sargento Trevor tiene sueño y estará deseando reposar en una cama fresca y blanda. Su identidad me la notificó el teniente Olson, sargento.

Tosió Lloyd. Que había sacado de su cartera un papel timbrado, bajo cuyas líneas mecanografiadas, había varias firmas. Tendió el escrito a Trevor.

Este sin cogerlo hizo chasquear una cerilla contra la uña del pulgar, diciendo:

—Acabo de desayunar fuerte, y hay lecturas indigestas, Lloyd. Resuma.

—Contiene una denuncia por retención ilegal de un vehículo y por emisión de una orden que sienta premisas consideradas injuriosas y difamatorias.

—¿Quién presenta esas majaderías?

—La denuncia procede del despacho jurídico del señor Milton Rice.

Brian Trevor sonrió. Una mueca muy distinta a la irónica sonrisa del inspector Conroy.

—Ya estamos, ya empieza el papeleo. Vaya también tomando nota, «A. D. A.». Sería injurioso suponer que su departamento no está única y enteramente dedicado al servicio de la nación. Por lo tanto, presumo que no defiende a Big Man Rice. Anote Lloyd: no di orden que sentara ninguna premisa difamatoria.

Echando un vistazo a otra hoja, replicó triunfalmente Lloyd:

—A las once y minutos de la noche transcurrida, dió usted orden a los agentes de patrulla motorizada en el sector de Apalache Bay de detener al conductor de un «Cadillac» propiedad de Dudley Rice.

—¡Aquí te quería, escopeta! Ha sido usted testigo, inspector. Este legule ya conoce una orden que di secretamente y que no podía ser comunicada a ningún despacho jurídico aunque sea del potente Rice. ¿Quién comunicó mi orden a la asesoría jurídica de Rice?

Más envarado, rebatió Lloyd:

—Soy yo quien le interroga, sargento Trevor, como representante del fiscal.

—Si no estuviera de por medio la responsabilidad del F.B.N., le echaría fuera a usted, su cartera y su código. No existe retención ilegal de un coche abandonado, cuyo conductor, percatado de que le siguen coches policiales, salta del volante a un hidroavión. No aparca su coche en sitio cerrado, sino en un sendero. Deja su llavero en el contacto, porque tiene mucha prisa. Deja huellas de sus neumáticos junto a unos sacos, uno de los cuales sirvió para contener el cuerpo de una muchacha conocida suya, estrangulada con un cable. No existe en el mundo entero un hombre con suficiente influencia para cambiar el curso de una investigación. No existe para mí en Nueva York, el poder tenebroso de ningún Rice, vivo o muerto. Le rellenaré su cartera con una montaña de denuncias por homicidios en masa con heroína, estafas públicas con billetes falsificados y unos cinco asesinatos por lo menos, comprobados hasta ahora. Y ahora, Lloyd, sigamos divagando con su «Cadillac».

—Me atengo a lo escrito. ¿En qué documento fundó la orden de

detención?

—En éste — y se tocó Trevor el corazón —. Tengo sueño, Lloyd. Le firmaré el «enterado»… tan pronto sepa quién comunicó a Rice una orden secreta. Una orden que sólo pudo ser oída por el periodista Moss Harding y el teniente Eric Olson.

—El teniente Olson actuó con la necesidad de rehuir futuras responsabilidades para su departamento — notifico Conroy —. Quiso evitarse una fulminante destitución, sargento. Según el escrito elaborado por los asesores de Milton Rice, existe un deplorable equívoco. No es la primera vez que Dud Rice cambia el transporte rutero por el marítimo y aéreo. Vienen a decir que usted actuó precipitadamente poniendo en entredicho la honorabilidad de un miembro de la familia Rice.

—Yo busco a quien indujo o mató bestialmente a cinco personas. Llévele el «Cadillac» al Big Man Rice, abogado. Puede advertirle que acaricio la esperanza de conducir a su hijo en otra clase de vehículo hacia la cámara del suspiro final.

—Usted es policía y ha de darme la razón. Primero: le denuncian de un hecho concreto. Segundo: usted alude a posibles confirmaciones de determinados hechos criminosos, que mientras no sean demostrados, han de ser considerados injuriosos y difamatorios. Tercero: adjunto a la denuncia del teniente Olson, puede elevarse expediente de suspensión de empleo y sueldo.

—De acuerdo, «A. D. A.» Usted trabaje en lo suyo, que yo me ocuparé de lo mío. Adiós. Cierre la puerta al salir. Gracias.

Norman Lloyd miró al inspector Conroy, y éste, sonriendo ambiguamente, señaló la puerta.

—Me temo que por ahora, usted ha de cerrar la puerta al salir, Lloyd. Sigue el sargento Trevor disponiendo de máxima autoridad. Buenos días.

Más que colérico, Norman Lloyd estaba indeciso. Antes de salir, advirtió:

—Yo actúo a tenor de lo escrito y legislado, señores. Buenos días.

A solas comentó Conroy:

—Es un muchacho con poca práctica. Sabe que en Nueva Orleans, uno de los principales personajes es el viejo Rice, cuya influencia llega hasta el Congreso. Pero no está aún maleado.

—¿Cabe el menor barrunto de complicidad entre los Rice padre e hijo?

—Tengo dieciocho años de servicio, Trevor. Nunca siento yo premisas sin estar bien agarrado. Tal vez por esto nunca seré un enviado especial con plenos poderes. De todos modos, si usted demuestra que Dud Rice es culpable, el viejo Rice se limitará a afirmar que no le sorprende que su hijo haya sido tan estúpido como para

dejarse atrapar en el primer negocio que quiso montar por su propia iniciativa.

—Dud es hijo de un millonario.

—De multimillonario — rectificó Conroy —. El viejo le pasa a Dud una pensión mensual que bastaría para alimentar a la familia de un mormón prolífico. Pero nunca da un dólar más de las pensiones convenidas.

—Y Dud tiene yate, hidroavión…

—Pasión por el juego y por las mujeres vistosas. Escuche, Trevor: si me lo ordena, haré de guía, pero sin que me cause gracia. Si no aparece Dud Rice, y usted, sin pruebas suficientes, ha de investigar, puede suponerle el cese.

—¿Qué tal es Moss Harding?

—Me alivia la pregunta, Trevor. Encontrará en Harding un buen auxiliar. Conoce al dedillo la vida y milagros de los Rice. Es en él una fobia especial, basada en que se enamoró de una Rice, que prefirió casarse con otro. Moss Harding le rondará servicialmente. Trátelo bien. Fué un héroe del Pacífico. Y tiene una ventaja. Con él fracasa el lema del viejo Rice.

—¿Qué lema?

—Cualquier conciencia humana tiene como cualquier metal, su punto de fusión más o menos elevado.

—Ya. Hay chatarra que se compra a dólar la arroba y platino a mil el quilate. ¿Dónde puedo encontrar una cama tranquila?

—«Texan Rooms». Le llevaré yo mismo.

Condujo Conroy en silencio, y al detener su coche particular ante un edificio situado al final de un callejón del Distrito Alto, comentó:

—Debo preguntarle qué órdenes tengo.

—Comunicarle mi dirección al Precinto Octano de Miami. ¿Conoce usted personalmente a Olson?

—Eric Olson ascendió a sargento aquí en Nueva Orleans. Tiene solicitado el destino aquí. Y creo… puedo equivocarme… que van a apresurarle el retorno No me gusta el teniente Olson. Tuvo varios expedientes por «exceso de brutalidad» en interrogatorios. ¿De veras no me necesitará, Trevor?

—Absolutamente para nada, inspector. ¿Le place?

—Horrores. Gracias. ¿Me juzga uno de los incluidos en la lista de pensiones mensuales del viejo Rice?

—Si estuviera en ella, se agarraría a mí como una lapa para informar bajo capa al departamento asesor jurídico del Big Man. Usted es solamente un veterano, que sólo quiere pruebas contundentes. Yo seré igual, si llego a su edad. Hasta la vista o adiós, inspector.

—Prefiero adiós. Buena suerte, Trevor.

A las dos en punto, tintineó en la muñeca de Brian Trevor el

cronógrafo despertador «Vulcain-Cricket».

El montacargas del restaurante «Texan Rooms» presentó el copioso almuerzo. Tras la maquinilla eléctrica y la ducha escocesa, Trevor se sintió poseedor de un apetito voraz y una mente lúcida.

Esperó hasta media tarde alguna comunicación que le permitiese actuar. Seguía la policía mejicana tratando de localizar a Dudley Rice.

A las seis de la tarde, leía Trevor el radiograma cifrado, procedente de la jefatura del FBN, ordenándole suspender toda actividad, hasta nueva comunicación.

Brian Trevor se consideró acuartelado en su habitación. Y atardecía el día siguiente de su llegada a Nueva Orleans, cuando recibió el segundo radiograma.

Confirmada irrefutablemente la culpabilidad de Dudley Rice, debía dar por terminada su misión especial. Se le concedía una licencia temporal, suspendido de empleo y sueldo, que entraba en vigor a partir del momento en que el inspector Conroy le diera las pruebas irrefutables de la culpabilidad de Dudley Rice.

Su licencia le era concedida, mientras se tramitase el expediente abierto contra él «por agresión a funcionario superior y abuso de prerrogativas, ya caducadas».

No era la primera vez que Brian Trevor, disfrutaba licencia temporal.

CAPÍTULO VI

Albert Conroy acentuó su amabilidad, no fingida, al recibir la visita del sargento Trevor.

—Sus superiores reconocen que halló usted la pista conducente a la demostración de que Dudley Rice era el creador…

—¿Era?

—Esta noche, a las once, en un pueblo llamado Parralito, en el litoral del Caribe mejicano, Dudley Rice se levantó la tapa de los sesos. Todos los testimonios son indiscutibles: la integridad del inspector Rodolfo Vargas y los demás testigos es prístina. Y por último, la propia confesión de Dudley Rice.

Señaló Conroy el magnetofón colocado sobre su mesa.

—Una de las manías predilectas de Dudley Rice era llevar siempre en un maletín este magnetofón. Escribió una carta poco antes de pegarse el tiro. Esta es la fotocopia.

Leyó Trevor:

«Familia Rice: Sé que el Big Man hará lo adecuado para evitar la deshonrosa campaña publicitaria que pueda suscitar el descubrimiento de mi segundo yo. Todos tenemos una doble personalidad. La mía consistió en tener en jaque a toda la policía, con sólo una imprenta, un yate y mi hidroavión. Una necia habladora, que me oyó estando yo bebido, fué el detonador que puso en marcha el mecanismo legal. Ella estaba convencida de que no tenía la menor importancia su mención de un detalle en la falsificación. Ya estaba la plancha grabada cuando me di cuenta del infinitesimal puntito sobre una i. ¿Mis repartidores? Vulgarísimos hampones que pululan por Nueva Orleans y Florida, adquieren a mitad de precio los fardos de billetes bien hechos. Frecuentar los barrios bajos como señorito juerguista, ilustra. También adquirían la heroína, gente distribuidora ya fichada. Sólo tuve un cómplice, conocidísimo: Sam Kisbee, dibujante, grabador e impresor. No lo delato. Encentrarán su cadáver junto al mío. Su escondite estaba en esta casa de Parralito. Y por una conversación que sostuve con él, me nació la idea. Más tarde, pensé en la droga, puesto que mi yate me facilitaba dónde esconderla, ignorándolo Kiu Yamata y el resto de la tripulación. La paliza y el cable estrangulador, fueron pistas falsas. ¿Quién iba a pensar en que Dud Rice cometiera actos de índole plenamente barriobajera? Antes de matar a Dalilah Benton, pensé que podía yo recurrir a abogados que sabrían demostrar mi carencia de responsabilidad. Ir a un sanatorio para el resto de mi existencia, no me seducía. Además, era una cuestión de amor propio ante los Rice. Hubiese tenido que admitir mi fracaso. Sé que haréis todo lo posible para que la Prensa no se cebe en un Rice suicida, convicto y confeso. Es lo que más deploro. Me hubiese gustado que la buena sociedad supiese que Dud Rice tuvo más seso de lo que aparentaba. A no ser por una necia habladora, no tendría que apretar un gatillo contra mi sien.

»*Dudley Rice*.»

Tirando sobre la mesa la fotocopia, señaló Trevor el magnetofón. Albert Conroy insertó el cilindro.

Una voz agradable, irónica, fue diciendo:

«—Habla Dud Rice, en su última emisión terrena. Es mi último discurso, Big Man. No me bastaba tu pensión, aunque generosa. Era humillante, porque no ocultabas a nadie que me tenías por un perfecto

botarate. Yo quería conseguir mi primer millón.

El transmisor emitió un carcajada armónica, casi bienhumorada:

»—Tampoco debió ser decente tu primer millón, Big Man. Tuviste tan sólo la suerte de no hablar delante de una necia mujer bonita. En estos momentos la policía mejicana ronda este pueblecillo. Dicen que los policías mejicanos disparan pronto. Yo también, pero me apuntaré la sien. Estoy contemplando a Sam Kisbee, muerto. La primera vez que lo ví, me fué presentado como un artista cuyo talento la policía no sabía apreciar. Estaba leyendo a un filósofo griego cuando me lo presentó un botarate de esos que las crónicas sociales llaman divertidos deportistas. Creyeron que era uno más de la galería infrahumana y pintoresca, que diría algunas gracias para entretenernos. Me impresionó Sam Kisbee. Le he dado muerte mientras leía a un filósofo griego, ignorando que la policía nos rondaba. Por esto casi es plácido su semblante. Le faltaba tan sólo una decena de miles para conseguir lo que él llamaba su retiro. Quería disfrutar en una isla de buen clima, del goce de obras artísticas ajenas a sus capacidades demostradas.

Volvió a hacer una pausa la breve carcajada bienhumorada.

»—En el fondo, tú eres el culpable, Big Man. Quise emularte. No porque te acuse de haber iniciado tus millones falsificando, repartiendo droga y matando. Te acuso de haberte convertido en el monstruo sagrado, ante el que tiemblan los Rice y todos los serviles humanos. Si le pegué a Moss Harding fué porque me ridiculizaba. Pero yo apreciaba a Moss Harding, ya que tuvo el valor de cantarte las verdades. Sólo tú se las oíste. Yo nunca tuve el valor de acusarte de frío, egoísta, insensible. Nos dabas una pensión mensual. Nos dabas oro. ¿Nos diste alguna vez cariño? ¿Tuviste nunca misericordia para nadie? Pero tú y yo sí que necesitamos misericordia, padre.

Hubo otra pausa de silencio, esta vez. Y prosiguió Dudley Rice:

»—Están acercándose. No es por miedo a enfrentarme a la justicia de los hombres, por lo que voy a apretar el gatillo, padre. Es por miedo a verme contemplado por tu fría mirada, tan fría como el cañón que roza mi sien. Y ya ves… Hasta el cañón va entibiándose, y sólo lleva unos segundos contra mi piel. Tú nunca fuiste tibio. Siempre cortante, impresionante, helado…»

Restalló el pistoletazo.

Albert Conroy, cerrando el magnetofón, comentó:

—Este individuo era un loco. La policía encontró con su cadáver, el de Sam Kisbee. Lo comuniqué a Norman Lloyd, como era mi obligación, aparte de comunicarlo a sus superiores, Trevor. Norman Lloyd tomó un avión fletado especialmente. Comprobó que el muerto era Dudley Rice, así como otros dos testigos. Llevaba una orden implacable. El viejo Rice no quiso que su hijo fuese enterrado en el

panteón de los Rice. Afirmó que ningún Rice había tenido la cobardía de suicidarse. Y eso es todo.

Brian Trevor, poniéndose en pie, hizo chasquear la cerilla a su estilo. Al exhalar la primera bocanada de humo, manifestó:

—Pasaré unos días de asueto por el París del Caribe. Ya sabe que tengo licencia temporal. Dicho de otra manera: soy un agente de policía privado de toda autoridad.

—Merecedor de todos mis respetos, y cualquier policía decente de esta ciudad se inhibirá por completo.

—Buenas tardes, Conroy.

—Buenas tardes, Trevor.

En la calle, Brian Trevor experimenta una gran satisfacción. Era un hombre libre de toda responsabilidad. Cualquier paso que diera, lo daba un nativo de Chicago.

Miró al que, alargando el paso, tocaba el borde de su sombrero, y recitaba:

—París, la más femenina de todas las ciudades del mundo, tiene una ahijada de cuento de hadas en Nueva Orleans. Los cuentos de hadas tienen también sus ogros. Canal Street es la principal arteria comercial. Pero yo, al turista le recomendaría la Rue Bourbon, en el elegante «Quartier Latín». Está cerca.

Brian Trevor siguió caminando, y al doblar la esquina, comentó:

—¿Estuvo en el funeral de Rice entonado por guitarras mejicanas?

—Oí la dulce música — afirmó Moss Harding —. Y no creo que un solo muerto haga más ruido que los miles que murieron por los Mares del Sur.

—Se olvida que los menudillos al detalle son material más selecto que la carne muerta al por mayor. Parece mentira, periodista, que estuviera en la guerra. Cuénteme cómo le fué aquello.

—Me pusieron un uniforme apenas dije que quería ser voluntario. Me enseñaron lo que cada joven debe aprender: atravesar por en medio de bombas, balas, lanzallamas y otros fuegos de artificio. El primer amigo que se murió apoyado en mi seno, desangrándose, me dió dentera. Después, aprendí a apretar los dientes. Hoy no tengo ni quiero amigos.

—Fantástico, Harding. El diablo los endurece y ellos se juntan. ¿Sabe ya que soy un ciudadano vulgar? He encerrado la chapa en un sobre.

—O sea, que si le atizo un puntapié en la espinilla usted me mata, pero si le coge por su cuenta el teniente Olson, tendrán que amarrarle, y él le aplicará el tercer grado. Puesto de otra manera: si se atreve a importunar a un solo elemento de la compañía Rice, se juega el bigote.

—Por eso voy afeitado. ¿Qué sucede en esta elegante taberna?

—Que estos redondeles son cómodos para sentarse, Trevor.

«Trocadero» era el nombre de aquel local. El bar estaba a la izquierda, y en la estancia donde se sentaba Moss Harding, sólo había mesitas y una especie de semiherraduras forradas en cuero *beige*.

—Muy confortables — admitió Trevor, sentándose.

Parejas amarteladas, un anciano leyendo un periódico, un melenudo sujeto enfrascado en llenar de tinta cuartillas y dedos…

—Aquí suele venir una preciosa criatura — dijo Harding, tras haber pedido dos «Martel», a una camarera uniformada como las que servían té en un «Lyons» londinense —. Un ambiente ultradiscreto.

—A propósito de discreción, Harding: ¿cómo se llama la hija de Rice que le sorbió a usted el seso, y que se casó con otro?

Moss Harding pareció ventear por las fosas nasales una mofeta nauseabunda, antes de mascullar:

—Supongo que se sabrá lo muy simpático que es.

—Vamos, vamos, héroe insensible. Usted vió desangrarse a sus mejores amigos, fastidiado porque le ensuciaban la guerrera. ¿Delicadezas ahora?

—Es verdad. Nada de debilidades. Lo que voy a reírme cuando el ejército de Big Man Rice empiece a patearle a usted las costillas, como preliminar ritmo a la conversión de Brian Trevor en menudillos.

Brian Trevor saboreó un poco de coñac, y comentó:

—Al echarle las mirillas encima aposté a que usted era inteligente.

—Usted tampoco debe ser tonto. Pero está comportándose como tal. Se queda en Nueva Orleans. ¿Por qué? No se conforma con la muerte de Dud. Busca otras cosas. Busca, por ejemplo, la posibilidad de que tuviera cómplices por esta ciudad.

—Busco comprobar si se merece su fama esta ciudad…

Interrumpiéndose, miró Trevor a la mujer que entraba. Un modo de andar gracioso. Una inmensa calidad de seducción. Tenía un cabello rubio con la claridad que podía imaginarse en la rubia cabellera de un hada.

Alta y esbelta, recordaba a la actriz Greer Garson. Con toda su seducción, pensaba Trevor. Aquel encanto que atraía apasionadamente a los hombres, no por un rostro exótico ni un cuerpo provocativo, sino por un secreto don.

La desconocida vestía un traje sastre color tabaco, una blusa burdeos, y calzaba, primorosamente un escueto tafilete.

Apartó Trevor la vista. La actriz Greer Garson había sido siempre su única favorita… y no quería distraer su mente.

Moss Harding estaba diciendo:

—La muchacha que me sorbió el seso se llama Mayola. Juré no

casarme mientras ella no enviudara. Pero, veamos: ahora usted, Brian Trevor, a solas con su propia independencia, se prepara a declararle la guerra a Big Man Rice.

—Empezó él, señor maestro. Me quitó una manzana. Oiga, Harding, usted es un fracasado. Sí, hombre. Yo nunca he amado a ninguna mujer, pero si esto me sucediera recordaría lo que dijo un poeta: «Esta clase de amor, improbable, salvaje y misterioso que sólo nos habita una vez en nuestra existencia». Si este amor se me presentase, yo mataría al hombre que se interpusiese entre ella y yo.

—Comprendido. También pensé en matar al esposo de Mayola. Se casaron mientras yo andaba saltando de isla en isla, jugando al saltamontes con una partida de japoneses. Y cuando volví a Nueva Orleans, la idea de matar a un hombre me producía asco. Ya sabe, ¿no? Se ponen raros, se remueven, echan jugo de fresa, y total, ¿qué? Yo también leí poetas allá en mi romántica etapa.

—Yo leí esa definición del amor tras la hoja de un calendario. Y me quedé turulato. Así era como comprendía yo el amor.

—Cualquiera, oyéndole, no pensaría que usted es el ex sargento Trevor, la fiera de Chicago, el terror de los hombres influyentes. Dicen que usted a los maleantes del tipo ambiental, los trata bien, si no se sienten listos. Pero que es implacable con hombres como Big Man Rice o Dudley…

Volviéndose sobre el respaldo, sonrió Moss Harding:

—Hola, Telma.

La mujer rubia y de celestes ojos, sonrió.

—Hola, Moss.

Brian Trevor se rascó con el pulgar un pómulo, mirando aviesamente al periodista que, levantándose, dijo:

—Pagaré las dos copas, Trevor. Veo a alguien con quien tengo que hablar. A propósito, Telma, te presento a Brian Trevor, nacido en Chicago. Telma Rice, hija mayor y predilecta de Millón Rice.

Se alejó el periodista. Telma Rice dijo con naturalidad :

—Desde ayer por la mañana su nombre nos es conocido, Trevor. No quisiera parecería frívola, si en vez de sumergirme en llanto, sigo haciendo mi vida habitual. La muerte de Dud sólo me entristece cuando a solas, puedo llorarle.

—Era su hermano, al fin y al cabo, señorita Rice.

—Gracias por admitirlo. ¿Tiene inconveniente en venir a mi mesa?

Levantándose, Brian Trevor vino a sentarse en una esquina del diván que respaldaba con el que acababa de abandonar.

—¿Piensa permanecer algunos días por Nueva Orleans, Trevor?

—Lo ignoro, Rice. Es pronto para darle el nombre. Y no estoy habituado a tratar señoritas.

—¿Le son desagradables?

—Más bien me inquietan. Y mucho más si se sientan a escuchar frases referentes a su familia. No creo que estuviera usted «conchavada» con el periodista.

—¿«Conchavada»? Perdón, no he estado nunca en Chicago el tiempo suficiente para conocer sus modismos.

—No creo que usted se pusiera de acuerdo con Harding, para conocer mis propósitos.

—¿Tiene algún propósito que a mí se refiere?

—A usted, no. Quiero tan sólo ver del todo claro. Me ordenaron una investigación. Esta acabó. Pero particularmente, no estoy conforme. Puede que le suene a grosería y crueldad, Telma Rice, pero si un delincuente muere, el leerlo en la Prensa sirve de lección para los demás aprendices en germen. Su padre puede comprar un silencio, alegando razones de familiar peso. Usted puede considerarme un grosero, pero no estoy conforme con la táctica del silencio en torno a la muerte de un hombre que no tuvo siquiera la excusa de un *gangster* nacido en barrio bajo y ambientado en círculos de escasa moral.

—Mi hermano ha muerto. Ya es suficiente.

—Tres funcionarios de policía y un confidente, murieron. No fué suficiente. En Miami, murió Dalilah Benton. Una chica vulgar, bonita, llena de exuberancia. La Prensa la ha retratado en diversas posturas. Bailando, riendo, y, por fin, doblada como un cascanueces, estrangulada, rota la espina dorsal. No es suficiente. Estudiantes destinados a ser alguien beneficioso para la sociedad, contrajeron el vicio de fumar marihuana y aspirar heroína. Gente que trabajaba miraba con agrado el billete de diez dólares que, al cambiarlo, era cero con cero, más las molestias que la policía les dió de propina. ¿Y quiere usted que estime terminado este asunto, porque Dud Rice se pegó un tiro? Me consta que a Milton Rice le rodea el prestigio de una fortuna y la demostrada solidez de su renuncia a toda acción netamente ilegal. Pero verá… yo prefiero al revienta-cofres que a solas, actúa por su cuenta. Y ahora, Telma Rice yo no siento haberla conocido. Usted sí, porque leo en sus ojos de cielo, aversión, rencor y desprecio. Pero mi única fortuna es cantar la verdad.

—Buenas tardes — dijo ella secamente, levantándose.

La miró alejarse Brian Trevor. Era infinitamente seductora aquella rubia. Parecía caminar sobre un suelo ingrávido, alfombrado de polvo de estrellas.

Despertó de su ensoñación.

Estaba viendo ante él, al individuo que personificaba la más elegante bestialidad humana.

CAPÍTULO VII

Mandíbulas voraces, redondos ojos verdes, corta nariz, firmes labios sensuales y rizoso cabello negro. Un sombrero panamá en la diestra y un traje azul claro. Corbata azul denso y camisa blanca.

—Permítame presentarme. Soy Luke Brady. Tenía verdadera curiosidad por conocerle, señor Trevor. Parece ser que si prolonga usted su estancia en la ciudad, demostrará escasa condición de hombre de mundo.

Brian Trevor señaló con el índice de arriba abajo:

—Un sastre caro, «chummy», pero a pesar de todo tiene usted tanto de hombre de mundo como yo. Si es que por hombre de mundo entendemos al bien educado.

Rió cordialmente Luke Brady, y, abanicándose, comentó:

—También yo fui tercamente obstinado hace algún tiempo. Si persiste en conocer la ciudad, visite mi terraza en Pirat Alley. Será considerado un huésped de honor.

Dió media vuelta Luke Brady intercambiando con Moss Harding que venía en sentido contrario, un amable saludo.

Moss Harding, sentándose, manifestó:

—Van movilizándose los miembros de la familia Rice. Aún faltan los detectives privados al servicio de Milton Rice. Por ahora, ya ha conocido a la exquisita Telma y al tigre Luke.

—¿En qué lista de pensiones figura este hermoso animal?

—Es yerno de Big Man. El esposo de Mayola. Odiado por el viejo Rice. Este no le perdona que Mayola se prendase de la felina fuerza de un ex jugador profesional. Con la pensión mensual de Mayola y su dote, Luke Brady montó un casino y «dancing-roof», en Pirat Alley. Un negocio saneado.

—Cada vez más putrefacta la sociedad Rice.

—Salvo Telma, ¿no? Ella es exquisita, como un botón de rosa.

—Las rosas tienen sus raíces en el barro.

—Yo que soy un hombre discretísimo, le pregunto, ¿qué se propone quedándose aquí, Trevor?

—Disfrutar de la ciudad como otro turista cualquiera.

—Disfrute, disfrute… Fuera hay un «Lincoln Zephyr», negro sucio. Propiedad de dos indecentes matones: Bruno Duroc y Syd Brenan, dos detectives privados. Se han acostumbrado a limpiarle el terreno a Milton Rice de toda cizaña. Hubo intentos de secuestro. La pareja Duroc y Brenan convirtieron en menudillos a los que intentaron el negocio. Cualquier enemigo de Milton Rice supo algo tarde lo muy berroqueños que eran Bruno Duroc y Syd Brenan. Aparcaron el «Lincoln Zephyr», a los pocos minutos de haber telefoneado Telma al «templo sagrado». Es la casa donde el pulpo Milton Rice se enmuralla.

Brian Trevor, poniéndose en pie, manifestó:

—Nunca he subido en un «Lincoln Zephyr».

—Tome esta llave, Trevor. Abre la puerta de mi solitaria casita de Nueva Orleans. Mi charla puede resultarle beneficiosa.

Guardando la llave, Brian Trevor abandonó el «Trocadero».

Había varios coches aparcados. El morro en tiburón del «Lincoln Zephyr» pareció atraerle.

Al volante estaba un individuo con aspecto de «sparring» para pesos fuertes. En el estribo apoyaba un pie otro individuo, que parecía emplear una lima. No tocaba sus uñas.

Vestía un traje claro, sombrero panamá, corbata multicolor y camisa obscura. Podía ser el peso pesado que entrenase el del volante…

—¿Quiere taxi, amigo? — invitó el del estribo.

Rió Trevor, satisfechísimo. Por fin, encontraba gente de su temple: basta, agresiva, directa…

—¿A cuánto la fracción de metro, gorila?

Bruno Duroc miró al del volante, y preguntó:

—¿Ves lo que pasa por ser amable, Syd?

—Se le nota que es policía retirado — afirmó Syd Brenan.

Su nariz era ancha y de punta corta: Algo elefantina… Sus ojillos eran porcinos, pensó Trevor, que, plenamente en su elemento, aseguró:

—Si esperáis a alguien os puedo ayudar. Respirad a modo, y meteos en el entrecejo que soy Toscanini y vosotros dos un par de monos tocando el organillo. ¿Captáis la onda?

—Tiene salero Chick Trevor — opinó, gravemente, Duroc —. Ya que nos das confianza, correspondemos. Resulta que se murió el hijo de un cliente nuestro. Y hemos de respetar el duelo.

—El duelo se da por despedido, Trevor — silabeó Brenan.

—Parece que lo hacemos gracia, Syd — comentó Duroc —. Cuéntanos el chiste, por favor. Nos tienes pendientes de tus hocicos.

—De los tres hocicos aquí echando mala baba, habrá alguno que tendrá que ir al taller de reparaciones.

—Provocación, Syd — apuntó Bruno Duroc.

Colocaba la lima en el bolsillo superior de su americana. Pero seguía colocado de modo que su pie derecho pudiera dispararse oportunamente.

Brian Trevor hacía tiempo que sólo veía la mano izquierda de Syd Brenan sobre el volante. La otra estaba sobre el asiento adornada con un puño-inglés: cuatro cercos de hierro cubriendo los nudillos.

—Lo que me provocó esta náusea que tomáis por risita, fué recordar el chiste que os encaja.

—Cuéntalo pronto, Trevor, que nos tienes ansiosos — invitó

Duroc.

—Es un chiste pútrido. Un ricachón que va y les pregunta a dos detectives privados: «¿Dejáis de ser hombres por diez dólares?». Los dos preguntados se indignan. «¿Dejáis de ser hombres por cien dólares?». Los dos preguntados fruncen el ceño. «¿Dejáis de ser hombres por mil dólares?». Al llegar a la cifra X, los dos preguntados tiraron el habano, y dando gritos femeninos, le juraron eterna fidelidad al ricacho.

Bruno Duroc emitió dos sílabas repetidas:

—Je, je.

Syd Brenan se aproximó más a la portezuela opuesta al volante.

—Ya hemos perdido mucho tiempo, Trevor. Va de primera advertencia: lárgate de la ciudad.

A dos pasos de distancia, Brian Trevor adelantó los labios. Bruno Duroc alzó una mano apaciguadora, conteniendo al que iba a bajar.

Miraba el salivazo destilando por la portezuela. Y dijo:

—Es el acuse de recepción, Syd. Déjale que resbale y ya le cogeremos por los sobacos. En el listín encontrarás nuestra dirección, Trevor.

—¿A qué horas se puede pasar para romperos el hocico?

—A cualquiera, tratándose de ti, a cualquiera, hombre.

—Por mí ya podéis embalar. Estamos los tres avisados. El primero que pegue, sabe ya que no será para asustar. Tanto gusto, becerros.

Dando un codazo, se sentó Duroc junto al volante.

—Dale gas, Syd. Hasta pronto, terror del hampa.

Permaneció esperando Trevor. Pero el «Lincoln Zephyr» se alejó.

Era peor un Bruno Duroc aguantándose el deseo de saciar su nativa brutalidad, que el más sincero Syd Brenan.

Ladeó el rostro.

El dos plazas que acababa de frenar, era un «Auburn» color guinda. Al volante, manifestó Telma Rice:

—Ha ocurrido algo increíble. Milton Rice desea verle.

Brian Trevor se instaló junto al volante, en silencio.

—Es un honor particular — prosiguió ella, conduciendo —. Le telefoneé diciéndole que Brenan y Duroc esperaban verle a usted. Me contestó textualmente: «Hiciste mal en avisar a esa pareja de bestias. Soy yo quien tiene que hablar con Brian Trevor. Invítale a tomar el té ahora mismo». No pude contestarle que usted podía negarse. Mi padre considera imposible que alguien invitado por él al «templo sagrado» no acepte trémulo de inquietud o de orgullo.

—Yo tiemblo de ambas cosas pensando que no llevo botines.

—Milton Rice no es un cursi. Ganó su primer dólar cargando fardos en los muelles. Creo que se lo dirá. Ahora le ruego que no se ría. Este raro edificio es la mansión de Milton Rice.

Un enorme templete griego, con columnas de mármol, estatuas, balconadas con verjas de hierro forjado. Un gran parque, cuya verja habían abierto dos robustos lacayos, de media blanca y librea amarilla.

—Monumental, apabullante. Seguramente que por las noches, dormirá usted soñando con una pequeña alcoba normal.

—Sólo vive Milton Rice en esta mansión. Los demás Rice tienen su casa particular.

Un mayordomo abrió la portezuela del «Auburn». Saludó.

La escalinata fulgía de blancura. El salón vestíbulo hubiera podido albergar las evoluciones de varias docenas de parejas en amplio vals entre los *buffets* y bajo las arañas.

La abrió y Telma Rice, entrando, dijo:

—Buenas tardes, padre. Te presento al señor Trevor. Brian Trevor.

Al fondo del gran despacho, ocupaba un sillón del tresillo de cuero, un hombre de perfil de halcón, espesas cejas negras y liso cabello canoso.

La voz de Milton Rice era tajante:

—Gracias, Telma. Siéntese, Trevor. Que sirvan el té, Telma. Dos tazas.

—¿Cómo le gusta el té, señor Trevor? — preguntó ella —. ¿Limón, leche?

—De ninguna de las maneras, señorita Rice.

Se marchó ella, y Milton Rice examinó al visitante, como un entomólogo contempla un insecto de difícil clasificación.

Un lacayo procedió a verter el té en la taza ante el financiero.

—Deje el servicio. Váyase.

Se oyó el suave cerrar de los dos batientes. El silencio al prolongarse hizo más sonoro el remover de la cucharilla, los lentes sorbos de Milton Rice, y, por fin, el chasquido de su mechero al encender un habano.

Brian Trevor chasqueó la cerilla en la uña de su pulgar…

Milton Rice examinó la ceniza incipiente de su habano. Tenía los ojos de un gris plomo. Netamente escrutadores.

—Tres minutos de mi tiempo valen unos miles, Trevor. ¿Cuánto ganaba usted cada mes?

—Lo suficiente para ahorrar la mitad, Rice.

—Haré lo posible para que le expulsen del cuerpo al que pertenecía, Trevor.

—Bien hecho. Falta que lo consiga. Mis patronos no se venden.

—Ni yo pretendo comprar lo que no se vende. Pero golpeó usted a un honrado oficial de policía, se apropió de un coche y ha vertido insidias antes que fueran comprobabas. ¿Por qué dice que está bien

hecho que procure eliminarlo a usted de su rutinario oficio?

—Mientras no di en una tecla, Dud Rice vivió. Usted, al fin y al cabo, es un Rice.

Volvió Milton Rice a contemplar la ceniza del cigarro, y replicó:

—Es menos basto de lo que supuse, Trevor. Intenta herir mi inmensa vanidad. Como le considero un hombre crudo, hablaré crudamente. Mi hijo cometió la torpeza de imaginarse un gran delincuente. Su sitio no debió ser la fosa de un suicidado, sino una celda de sanatorio. Una vez terminó su misión, ¿por qué se obstinó en extrañarse del silencio de la Prensa? ¿Es que el escándalo puede servir de algo?

—Me hubiese ido, pero todos me recomendaron que me fuese.

—Y usted es el hombre implacable, el hombre independiente, el hombre insobornable. Risible…

—¿Quién de nosotros dos? ¿Para qué me invitó a venir, Rice? Su hija debió repetirle lo que le dije. Pero me dejé algo en el forro. ¿Cuántos millones tiene usted? Pongamos un montón de millones. Me da pena usted, Rice. Se le mata un hijo, y he oído su testamento. Una hija se le casa con un jugador de ventaja. La otra, ¿qué fin tendrá? Pero usted sigue amasando millones. Usted le pasaba una pensión a Dudley. Tal vez éste hubiera preferido comer en su mesa, y recibir un tortazo de tiempo en tiempo. ¿Predico, Rice?

—Prosiga, joven.

—Tiene usted una fortaleza de hielo. Hielo en torno, hielo en las entrañas. Si se pincha con la estilográfica de oro macizo echará barritas de hielo amarillo. Sus retoños le temen, no con respeto, sino con miedo. Usted le negó tierra familiar a Dudley, no por haber delinquido monstruosamente, sino porque le puso en evidencia. Con menos millones y más sangre, con menos orgullo de sátrapa y más instinto paternal, tal vez no tendríamos el disgusto de conocernos, Rice. Y ahora, quédese tranquilo. Me largo, porque ya le he visto de cerca. No por sus matones de alquiler, ni por sus influencias. Me largo, porque me da pena que un hombre que fué cargador de fardos, se haya arrugado bajo el peso de sus fardos de millones. Siento asco de usted como creador de familia, Milton Rice. Risible agazapado en su templo al poder. Risible fingiendo que no le humilla estar solo. Pero hay maneras de reír que son pura lágrima que no se vierte. Le dijeron que yo era un polizonte bruto y sin sentimientos. Es la fachada. Si yo atrapo a su hijo, le hubiese zumbado de lo lindo, antes de ver cómo le afeitaban la pierna para aplicarle el electrodo. Pero al oír la última emisión de Dud Rice, le tomé odio a usted. Y como sólo podría hundirle a base de pegarle cuatro tiros, renuncio. Matarle sería hacerle demasiado favor, Big Man Rice.

Durante todo el tiempo que estuvo hablando Trevor, Milton Rice fijaba en él la densidad gris de su escrutadora mirada. Alzó una mano:

—En esgrima, diríamos «tocado», matarife. Pocos consiguieron rozarme la epidermis. Escúcheme bien, Brian Trevor: allá donde vaya usted, procuraré hacerle la vida imposible.

Aplicó Rice la diestra sobre un llamador en la mesa. Miró a la puerta.

—El señor Trevor se va, Telma. Déjale tu coche.

—No, gracias. Ya me basta una denuncia por retención de coche. Tengo dos piernas, muy mías. Buenas tardes, señor Rice.

—Puedes irte, Telma.

Al pie de la escalinata, aspiró Trevor el aire. A su lado, preguntó ella:

—¿A dónde le acompaño, Trevor?

—A donde quiera.

El «Auburn» dejó de hacer crujir la grava bajo sus neumáticos, al penetrar en la avenida Beauregard.

—¿Qué impresión le causó mi padre?

—La de un pobre hombre, solo con sus millones, inmensamente solitario. Un desgraciado esclavo de su propio poder.

Tardó ella en contestar:

—También usted es un hombre solo, convencido de ser juez de las ajenas acciones. ¡Ojalá cometiera usted un delito, Brian Trevor!

No contestó Trevor. Señaló la esquina a la que se aproximaba el «Auburn».

—Gracias por acompañarme, señorita Rice.

—¿Se va de la ciudad?

—Ya no tengo motivos para quedarme. He hablado con Big Man Rice. Buenas noches.

Se limitó ella a mirarle con forzada indiferencia.

En su habitación tras cenar, Brian Trevor contempló desde la ventana el panorama de la ciudad serpentina, que se adhería sinuosa al curso del río.

Prefería Chicago, ruda y salobre; Nueva York, agitada y tumultuosa.

Acudió a la llamada del teléfono.

Era Moss Harding:

—Tiene la llave, pero llame, Trevor. Hay aquí una linda doncella que desea confesarle algo importantísimo. Algo increíble… Pura dinamita que no me atrevo yo a manejar. No sé si usted se atreverá.

—Podemos intentarlo si vale la pena. Voy.

Un taxi le dejó en una de las calles de la Ciudad Nueva. Un estrecho corredor en forma de patio delantero.

Una puerta, y enmarcada en ella, la rubia más estimulante que

jamás contempló Trevor.

Vestida de azul obscuro, pronunciado escote en «V», larga melena ondulada laciamente, la desconocida tendió el brazo hacia el interior. De perfil apuntaba con el alto vaso de whisky, diciendo:

—Tu valiente campeón, Moss.

Al entrar Trevor, ella le colocó sus dos brazos en torno al cuello. Tenía un cuerpo adhesivo, y unos labios como una ventosa.

Moss Harding se hallaba sentado en el diván.

Brian Trevor era de carne y hueso. Devolvió la calurosa acogida. Aquella muchacha besaba, con escalofriante pasión…

Fué lo penúltimo que sus instintos vislumbraron. Lo último fué la neta sensación aplastante de que el techo le caía encima.

CAPÍTULO VIII

Arrodillado, sus instintos volvieron a advertirle que debía tardar en manifestarse medio consciente. Habían apagado la luz, pero aquel pantalón de franela *beige*, así como los zapatos deportivos, eran los de Moss Harding.

Y los divisaba bien, al igual que otras perneras grises, de zapatos negros. A un lado de las piernas de Moss Harding.

Y a sus espaldas, oía un resuello. Debía eliminar aquel resollador a su retaguardia.

El cuerpo de Moss Harding se le abalanzó encima. No estaba Trevor en la plenitud de sus facultades, pero sabía que faltaba algo en su cinto.

Le habían quitado la automática. Zarandeó por encima de sus hombros el cuerpo de Moss Harding, y al incorporarse detuvo con el antebrazo, un golpe.

Una matraca de goma. También lo era el objeto que acababa de golpearle en la parte izquierda del cráneo.

«Groggy» de nuevo, continuó en pie, moviendo los puños, los codos, la cintura en esquiva a ciegas avisado por el zumbido de las matracas.

De los tres hombres aporreándole uno tenía un extraño modo de luchar. Cada vez que lo repelía Trevor, parecía rebotar contra alguno de sus dos acompañantes.

Un puñetazo, seco, en corto, le obligó a ladearse, mientras le encogía un doble golpe en la nuca.

Cayó al suelo de bruces. Aquel último impacto era el de dos manos entrelazadas…

Volvió a sentir el beso áspero de la alfombra de esparto. Una luz normal iluminaba aquel cuarto de estar. De vez en cuando había fogonazos como relámpagos en tormenta seca veraniega.

Apoyó ambas manos en la alfombra.

Había ya numerosas piernas yendo y viniendo. Unas revestidas de paño azul, y botas de motorista. Estas inmóviles a cada, lado de dos umbrales. El de entrada y el de comunicación con otra estancia.

Era un fotógrafo que, disparando su último *flash*, salía afuera con los demás componentes del «equipo».

—Vaya palizón — comentó una voz.

Brian Trevor estaba viendo la película al revés; él era el sospechoso. Pudo arrodillarse, y, sentado sobre sus tacones, se dió masaje en la nuca. En aquel cuarto parecía que un huracán había soplado.

Sillas derribadas, una pantalla de mesa destrozada sobre un cuerpo, vasos rotos, varios frascos estrellados un olor punzante de whisky derramado…

Moss Harding tenía el rostro tumefacto y sangraba cuello abajo. Pero la lividez que afilaba sus rasgos, denotaba el cincel de la muerte.

En el volcado diván se sentaba en equilibrio el inspector Albert Conroy. Al otro extremo, el pie derecho del teniente Eric Olson hacia contrapeso.

—Despejen, señores — invitó, amablemente, Convoy —. Todos.

Rumor de pasos, y una puerta cerrándose.

Brian Trevor consiguió ponerse en pie. Mentalmente calculó en una veintena los golpes recibidos. Extraña manera de golpearle. Lo suficiente para quitarle repentinamente el sentido, pero no para convertirle en inmóvil cadáver como el de Moss Harding.

Se aproximó, tambaleándose, a la nevera. Cogiendo un frasco de cerveza, rompió el gollete contra el borde de la puerta forjada en zinc, y bebió a chorro alto.

Se inclinó colocando la cabeza bajo el grifo de agua frigorificada, y, por fin, fué frotándose con fuerza los pómulos y sienes con cubitos de los destinados a enfriar bebidas.

Albert Conroy habló despaciosamente:

—Un vecino oyó ruidos, y vió salir corriendo a una mujer rubia. Telefoneó al servicio ambulante. Un agente leyó sus nombres en la culata de su «Webley». Telefoneó a comisaría, y me avisaron. Estaba yo charlando con el teniente Olson, precisamente. Aquí estamos, Trevor.

Eric Olson tenía un desagradable modo de masticar un mondadientes. Parecía un oso saboreando una excelente sobremesa.

Brian Trevor se inclinó sobre Moss Harding. Fué palpando los hematomas, el torso y las vértebras. Miró en rededor, y siguió

tanteando con las yemas el cráneo del periodista muerto.

—Le dieron con una matraca repetidamente en la cabeza. Después ya era un fardo muerto, mientras iba y venía. Por eso no acusaba los golpes. Bien… Esto es el escenario. Yo recupero la conciencia casi agarrado a un cadáver. No cabe dudar de las apariencias. Una rubia, salió corriendo, había rumor de pelea, y aquí está Moss Harding muerto, y yo, Brian Trevor, un tipo antipático famoso por gustarle más la pelea que a un choto la leche. ¿Quién lleva el interrogatorio, inspector?

Albert Conroy miró al teniente Olson que, retirando el pie, escupió el masticado palillo.

Levantándose, dijo Conroy, sonriendo ambiguamente:

—Ya se conocen los dos. Sólo unas diligencias preliminares, cuyo informe de previa indagación, ya me entregará en mi despacho, teniente. Le dejo fuera un coche. ¿Tiene algo que objetar, Trevor?

Y señalaba Conroy con la mirada a Eric Olson.

Brian Trevor, regresando a la nevera, manifestó:

—Da lo mismo. Todos nosotros, ante un cadáver, nos sentimos impersonales. Es deformación profesional.

Albert Conroy abandonó el cuarto.

Eric Olson colocó en pie una silla sentándose. El panamá le rozaba la nuca, y su corbata multicolor con danzarinas bañistas, hubiera fascinado a un licenciado de presidio.

Brian Trevor recogió otra silla, y la cabalgó, reclinando el pecho contra el respaldo. Señaló en semicírculo con la botella de cerveza recién descorchada normalmente:

—El decorado está bien de tramoya. Dígame que le encanta verme en este embrollo.

Eric Olson mojó la punta del lápiz-tinta afilado por sus dos extremos. Hizo unos signos taquigráficos en la primera hoja de su bloc.

Habló con su expresión de oso malhumorado aunque íntimamente contento:

—Lo que lamento es no haber sido yo el que le diera el gran palizón que se ha chupado. Estuvieron muy comedidos con usted, al no emplear las punteras de los zapatos.

—Vaya… ¿Admite, entonces, que no fué solamente una pelea entre Harding y este palomo? ¿Admite la posibilidad de una tramoya?

—Yo interrogo. ¿A qué hora llegó?

—A las nueve cuarenta, un taxi «Chevrolet», matrícula terminal en ochenta y siete, conducido por un vejestorio de nariz como un pimiento y dentadura postiza, me dejó en la esquina ante una droguería.

—¿Por qué vino aquí?

—Unos diez minutos antes me telefoneó Moss Harding. Me había dado la llave esta tarde en el «Trocadero»; según dijo, porque su charla podía resultarme beneficiosa. — Señaló Trevor al muerto —. A él le sentó definitivamente mal.

—¿Para qué le llamaba Harding?

—Dijo, más o menos: «Hay aquí una linda moza, que tiene pura dinamita, pero no me atrevo a darle mecha. Venga.». Vine. En el umbral abierto estaba una rubia apabullante. Soy soltero y llevo unos días ascéticos… La rubia señaló con su vaso hacia el diván en que estaba sentado Harding, y dijo: «Aquí llega tu valiente campeón».

—¿Qué dijo Moss Harding?

—Nada. Sonreía. Estaba con un vaso en la diestra. Vivo.

—¿Puede jurarlo?

—Sí. Aunque en seguida me sentí absorbido por la rubia. Ella me abrazó, me besó, y yo cerré los ojos. Eso que llaman el primer tiempo de éxtasis. El segundo tiempo fué un matracazo que me arrearon en la cabeza. Bien dado, de pleno. Debieron a la vez cerrar, la chica salió corriendo, posiblemente haciendo ruido para llamar la atención, y aporrearon a Harding simultáneamente.

—¿Quiere hacerme creer que una desconocida se enamoró súbitamente de su maldita gracia?

—No pretendo hacerle creer nada. Me limito a exponer al dedillo lo que sucedió. La chica estaba de anzuelo, y tenía un modo de besar que atontaba. Como un pulpo sabroso.

—Descríbala.

No levantaba Olson la vista de su bloc, en que iba rellenando hojas de grandes signos taquigráficos.

—Largos cabellos rubios, semilacios. Zapatos sandalia de alto tacón, blancos y tirillas azules. Medias carne. Vestido azul obscuro, ceñido que era un atentado a las buenas costumbres. Escote que hacía saltar los muelles de las mirillas. Unos labios prensátiles. Un perfume de tenue lavanda. Esa era ella.

—Esa no era nadie. ¿Ojos, nariz, óvalo facial?

Brian Trevor apuró otro tercio del frasco. Se limpió con el dorso de la mano y rezongó:

—Vaya usted a cualquier casa, vea a una rubia de perfil, intente entrar y que lo atrape la rubia como un sabroso pulpo. Reciba un matracazo a mitad del beso y al despertar póngase a describir cómo tenía las pestañas su rubia. Admito que he sido un novato, pero no desconfiaba de Harding.

—¿Sugiere que Harding le atrajo a la trampa?

—Harding confiaba en la rubia. Me llamó porque ésta debió largarle una supuesta revelación que era dinamita. La rubia se limitó a

cumplir con su cometido de noble anzuelo.

—¿Para qué toda esta tramoya? A un tipo como usted, si se le tiene «groggy», se le remata a gusto. Esta es mi personal opinión.

—No quisieron rematarme, sino apartarme de la circulación. ¿Por qué? ¿Simple venganza? ¿Temen que pueda averiguar algo a pesar de la muerte y confesión de Dud Rice?

—¿Venganza de quién?

—Usted mismo reconoce que por donde voy levanto una ola de cordialidad. Si me hubiesen matado, el FBN pudiera imaginarse que fué para evitar que yo siguiera adelante, pese a haberme suspendido de empleo y sueldo. Otras veces lo hicieron, y yo seguía adelante con lo que me barrenaba la. mollera.

—Adelante. Quisieron apartarle de la circulación. Un polizonte expedientado, acude a beber con un periodista. Se pelean por la mujer. El periodista sucumbe a la paliza. ¿Qué le barrena la sesera?

Brian Trevor se puso en pie.

—¿Tiene un cigarrillo, teniente?

—Ahora me da el grado. ¿Por qué?

—Ya no tengo mando. Usted lo tiene ahora. Haga una prueba.

—Ya la estoy haciendo. ¿Qué le barrena el cerebro pregunto yo?

—Moss Harding no se quedó conforme con el suicido de Dud Rice. Yo tampoco.

—Hay fotos y testimonios que no pudieron ser comprados.

—Doy por muerto a Dud. Pero no me contenta su confesión. Pretende que él solo con el fichado Sam Kisbee, montaron el tinglado.

—Kisbee no tenía par en el arte de grabar e imprimir.

—Aludió Dud Rice a distribuidores vulgares. Usted sabe muy bien que de cada cuatro distribuidores conocidos uno es chivato nuestro. Y, sin embargo, la droga y los billetes circulaban sin tener ninguna confidencia a la que asirse.

—¿No pretenderá acusar al viejo Rice?

—El viejo Rice tiene millones empleados en claros negocios de esos controlados. Cincuenta y uno por cien de las acciones de cualquier empresa productiva.

—Dud Rice se suicidó. Cuando un hombre se decide a emprender el viaje sin retorno, canta de plano. No cubre a ningún cómplice. Bien, encuentre usted a la rubia y a la pareja que le dió la paliza. Se han pasado de listos. En mi informe al inspector Conroy, alegaré que usted suelto, puede dar en otra tecla. Además, manteniéndole entre rejas, seguiría viviendo. Mi sincero deseo es que se lo carguen pronto, dándole un minuto de tiempo para que pueda soplar la pista. ¿Está claro?

Brian Trevor se rascó la sien. Dijo, entre dientes:

—Me gustaría atrapar a los que mataron a Moss. ¿Conoce la íntima historia de Harding?

—Un héroe que no se readaptaba. No podía verme ni en pintura. Estaba convencido que yo era uno más de los esclavos de Milton Rice.

—Yo también, en un principio, lo creí así.

—Tenemos una deuda pendiente, Chick. Yo estoy también expedientado. Es decir, además de apaleado, excrementado. No debí irritarme. Estaba echando lumbre por habérseme escapado el hombre cuya captura se me ordenó. Y llega usted con su grosería, acusándome de ser un inepto que dejó escapar al que, atrapado, hubiese cantado a modo. Estoy expedientado, y tan pronto encuentre usted algo sólido… acuérdese, Chick: sin chapa, sin pistola, me daré el gustazo de romperle la boca.

—«Okey, pal» — sonrió, agriamente, Trevor —. Le incluyo en la lista de honor.

—¿Qué lista? — inquirió, recelosamente, Olson.

—La de los borricos como el capitán Somers, como yo, como tantos otros condenados polizontes, que son inroíbles. Huesos en los que nadie hinca el diente de oro. Oiga, teniente Olson, voy a decirle algo que por más memoria que intento hacer, no recuerdo haber dicho: le aticé por sorpresa dos piñazos. Plexo solar y punta mentón. K.O., fulminante en el propio Rocky Marciano cogiéndole en frío y desprevenido. Si se repitiera el motivo, repetiría el doble toque. Pero estaba fuera de quicio, como usted, por habérseme escapado Dud Rice. Le presento mis excusas, teniente Olson.

Eric Olson, dirigiéndose a la puerta, la abrió, y movió el índice. Acudieron dos patrulleros.

—Custodiad hasta que venga el A.D.A. Vamos, Trevor. Daremos cuenta al inspector.

Brian Trevor se sentó al lado del uniformado conductor. Atrás, mantuvo el silencio Olson.

En el despacho de Conroy, fué leyendo Olson sus notas. Al terminar, expuso:

—No es de mi jurisdicción, pero creo que este individuo, libre, dará más producto que enjaulado. Yo, si me permite la sugerencia, inspector, no daría explicaciones a nadie por dejarlo suelto.

—Habrá que dárselas a Norman Lloyd. Concretemos. Se propone usted buscar a una rubia cuyo rostro no puede describir y a dos hombres que tampoco puede describir.

Brian Trevor tocó sus labios y su nuca.

—Son pistas endebles, lo admito. No puedo ir besando todas las rubias que me parezcan sospechosas, ni provocar a pelear a todos los matones que me encuentre. Pero no dejan de ser pistas. Aquellos labios tenían su peculiar dibujo, firmeza, sabor y ductibilidad. Esto

por lo que atañe a la rubia. Por los dos matones, cada cuál tiene su manía si es jugador ejercitado. Uno de ellos, empleó de preferencia el gancho de izquierda, en machete de arriba abajo, para cortar el resuello. El otro, prefería el directa al hígado. El del gancho tenía el estómago forrado con el corsé de músculos. El del directo, tenía grasa compacta a modo de faja. ¿Puedo irme?

—Su «Webley» se queda aquí, Trevor. ¿Piensa ausentarse?

—Mañana alquilaré un coche sin chofer para llegarme a Houston, donde tomaré el Tejano y Mexican Caribe hasta Veracruz. Pienso echarle la mirilla al escenario del suicidio de Dud Rice.

—¿Piensa verse con alguien aquí en la ciudad?

—Una cita táctica. Con dos mastodontes. No les he «sentido» pegar. Uno empleaba lima y el otro puño inglés cuando nos presentamos los tres.

—Bruno Duroc y Syd Brenan. No está mal pensado — admitió Olson, a regañadientes —. ¿Va a llevarles el café de madrugada?

—Supongo que no duermen juntos. Volveré a presentarme a mi regreso de Parralito. Buenas noches, inspector. Ídem, teniente Olson.

Al irse Trevor se prolongó la pausa de silencio, Comentó, por fin, Conroy:

—No es un mulo cerrado Chick Trevor.

—Es menos híbrido de lo que imaginó. Pero sigue teniendo una cuenta pendiente conmigo.

—Sin embargo, usted informó a favor de dejarlo suelto.

—¡A ver si lo matan ya de una vez! Aunque una cosa son las cuestiones privadas y otra la solidaridad en nuestra alianza contra el crimen organizado. Y en ésto pienso como Chick Trevor: Con la muerte de Dud Rice no acabó el caso de «Los marcados del Caribe».

CAPÍTULO IX

A las dos de la noche, el teléfono despertó a Trevor. El auricular daba mayor ronquera a la voz del teniente Olson:

—Puede ahorrarse una paliza, Chick. Los caballeros Duroc y Frenan cenaban en dulce compañía rumiando sobre los manteles del restaurante francés de Quai Congo. Entraron a las ocho cincuenta. Tomaban café a las nueve veinte en un palco del *dancing* francés, anexo al restaurante. A las nueve cuarenta jugaban a guapos con dos artistas del «French Can-Can», con las que continuaban a las diez quince. No se indagó en qué pasaron el resto de la noche. Tienen, pues, cubierto el horario, mientras le atizaban a usted la paliza dos

otros mastodontes.

—Se agradece la colaboración, teniente.

—Tengo prisa por cogerle libre de trabajo.

Colgó Olson. Y volvió a sumergirse en su sueño Brian Trevor. Maldijo entre dientes al tender el brazo para alcanzar el teléfono que de nuevo taladraba sus oídos.

—Pero el cronómetro-despertador marcaba las nueve menos cuarto de la mañana.

Una voz de melodías armónicas femeninas indagó:

—¿Chick Trevor?

—Entero en pijama.

—Necesito verle lo antes posible. No cito mi nombre, porque su teléfono puede estar intervenido.

—Puede…

—Si fuese posible, desearía hablar con usted en un sitio no público. ¿Puede estar a las nueve y cuarto en Calabozo Plaza?

—Puedo. ¿He de llevar un lirio en la mano para identificarme?

—Tengo sus señas personales. Le espero. ¿Vendrá?

—¿Cuáles son sus señas personales?

—Me daré a conocer. Le espero.

Duchándose, reflexionó que también la noche anterior le esperaban. Nunca se sabía lo que le aguardaba a uno, en aquella profesión. Y esta inseguridad acrecentaba el placer de las menudas rutinas.

El café siempre sabía a tónico vigorizante, porque podía ser el último. Una mujer al pasar dejaba tras sí la estela de una ojeada. Mañana, podría seguirla. O nunca. Por eso, las luisianas tenían aún mayor encanto.

Hasta la rubia de la noche anterior, era un incitante problema más, que añadía mayor misterio a cualquier rubia entrevista en un taxi, tras el escaparate de una tienda…

Calabozo Plaza tenía la reminiscencia de la huella española. Balcones con hierros forjados, blasones, una estatua ecuestre en el centro de la plaza. Y coches circulando. Cualquiera de ellos pedía embalar cuando él cruzase la calle. Un atropello era un suceso sin la menor importancia. Atravesó por entre las líneas escoltado por cuarteronas yendo o viniendo de sus compras, y oficinistas atrasados.

Al llegar a la amplia acera circular de la plaza, oyó un claxon.

Un dos plazas «Auburn», color mantecado de vainilla. Y no era rubia su conductora; sino de cabellos negros como la laca. Como ala de cuervo habría dicho una hojilla de calendario, aludiendo a los reflejos azules del liso cabello atirantado en sienes, trenzado en moño griego, bajo la blancura graciosa de un sombrerito.

Un traje sastre de cuadritos en damero, una blusa blanca, grandes

ojos color avellana, engarzados en la tez blanquísima, donde la boca carnosa parecía roja herida.

Había melancólica seriedad en el delicado rostro. Pensó Trevor que no era feliz la propietaria del «Auburn» gemelo en tipo al de Telma Rice.

Permaneció esperando hasta que el «Auburn» se detuvo a su altura sin parar el motor.

La mano enguantada en malla blanquinegra, abrió la portezuela. Inclinada, la desconocida revelaba que su delicado rostro, daba mayor realce a la plenitud bien curvada de su anatomía.

Sentándose, cerró Trevor la puerta. Ella dijo:

—Le agradezco su prontitud en acudir. He preferido citarle así, porque es de índole muy particular lo que tengo que decirle.

Por el espejo retrovisor, contempló Trevor los menudos dientes, perlas estuchadas en pulpa granate hubiese dicho el poeta del calendario. Las mallas del guante transparentaban una alianza matrimonial. Conducía ella hacia el barrio residencial, casi sin tránsito, y viró cuando una pancarta señalaba «Bayú Teche», la carretera de los Pantanos al sudoeste del gran delta del Mississippi.

—No es sólo su aspecto el que impresiona, sino su silencio.

—Usted es la que me citó para hablar, dando con ello por sobrentendido que debo escuchar.

—A medianoche, un periodista vino al casino, donde se propaló prontamente que Moss Harding había muerto víctima de una brutal paliza. El periodista acababa de verlo en la mesa del Depósito. Dijo también que había visto una fotografía en la que junto a Moss Harding estaba un forastero, nativo de Chicago. Hablé con mi hermana Telma. Ella, me aconsejó que hablara con usted. Dijo que si podían reprochársele defectos, no ciertamente el de falta de sinceridad. ¿Quién mató a Moss Harding?

—Yo no.

—Lo supongo, puesto que está usted libre.

Frenó ella, y el «Auburn» quedó sombreado bajo la florida glorieta, una de las muchas que tapizaban la rotonda-mirador sobre el delta, en la segunda milla de Bayú Teche.

Se ladeó ella, examinando críticamente al que también se esquinó, acodado a su ventanilla.

—Soy Mayola Rice, esposa de Luke Brady. Mi esposo y Moss no eran amigos. Por suerte mi esposo cenó conmigo y estuvo visible toda la noche en nuestro Casino de Pirat Alley. Luke no sabe que estoy con usted. Desde que ocurrió el accidente me ausento con frecuencia, sin tener que darle explicaciones a Luke. El comprende que a instantes necesito estar sola. Yo quería mucho a Dud. Y ha sido para mí otro motivo de sufrimiento la muerte de Moss. Fuimos novios, pero durante

la guerra, me enamoré de Luke Brady. No son confidencias, puesto que Telma oyó cómo se lo contaba Harding. ¿Por qué mataron a Harding?

—En todo crimen existe un móvil primario: el interés del asesino. Interés que se ramifica en diversas lacras humanas; venganza, celos, herencia. Usted sabrá si Luke Brady tenía motivos para estar celoso de Moss Harding.

Se hizo más triste la expresión del delicado semblante femenino:

—Empieza ya con sus incorrecciones.

—No se trata de un cotillón, señora Brady. Usted pregunta por qué murió Harding. Nadie le hereda. Usted misma dice que no se llevaban bien él y su marido.

—Luke estuvo conmigo todo el tiempo de la cena, y después con diversas personas en el Casino.

—Para regentar una casa de juego se necesita personal. Hay el recepcionista, hay los *croupiers*, hay los vigilantes de sala, los de caja.

—Luke Brady no es un criminal ni lo son sus empleados.

—En cualquier ciudad bien organizada hay coches para alquilar, y también asesinos a tanto el minuto de tarifa. De todos modos, me inclino más bien a creer que el móvil que impulsó a suprimir a Moss Harding, fué posiblemente impedir que hablase. Seguramente, acabaría de averiguar algo, pero antes de llamarme, debió avisar o alertar a quien estaba comprometido, por lo que Harding acababa de averiguar. Y expuesta mi hipótesis, le toca su turno, señora Brady. ¿Para qué deseó conocerme?

—Estoy convencida que la muerte de Harding, habrá acrecentado en usted el prurito de remover cenizas.

—Tradúzcamelo, por favor.

—Mi padre le llamó para pedirle seguramente que se abstuviera de proseguir viendo misterios, donde sólo existe una familia dolorida.

—Ayer le dije a su hermana que me iba de la ciudad. Pero ella, con una extraña vehemencia, me deseó que cometiera un delito. Horas después, aparentemente, yo cometía un delito. Pero Moss Harding quedaba mudo para siempre. Si éste es el sistema con el cual se pretende que no se remuevan cenizas aún muy calientes lo estimo contraproducente.

—¿Cree usted que la muerte de Moss Harding tiene alguna relación con la de mi hermano?

Brian Trevor señaló hacia un quiosco-bar al final de la rotonda.

—Hay teléfono y podré llamar un taxi, señora Brady. No creo que tenga yo nada importante que decirle, ni tampoco usted a mí. Tampoco quiero que Luke Brady se enemiste conmigo. Me sobran los entusiastas partidarios de cantar en mis funerales.

—Le hice una pregunta.

Bajando del coche, inclinó Trevor el busto apoyando ambas manos en el borde de la portezuela.

—Repita, señora Brady.

—¿Imagina usted alguna relación entre la muerte de Moss Harding y la de mi hermano?

—De su pregunta sólo he comprobado un punto cierto. La muerte de Moss Harding.

Brian Trevor echó a andar hacia el quiosco. No le hacía falta volverse para comprobar la expresión de estupor inmenso que hacía mayores los ojos de Mayola Rice, actual señora Brady.

***

Había sido un viaje pintoresco. Seis horas de carretera al volante del alquilado «Buick», atravesando el Bayú. Pantanos, arroyuelos y aldeas sabinas, hasta almorzar en Lake Charles.

Anochecido ya, dejó el «Buick» en un garaje de Houston, la capital tejana. Lo recogería al regreso.

Después de cenar, ocupó una litera en el «pullman» del litoral tejano, que tenía su llegada a la frontera mejicana a las nueve de la mañana. El mismo «pullman», dejando tres vagones vía-Laredo, seguía el litoral mejicano hacia Tampico y Veracruz. Llegaba a Tampico a las tres, y a las ocho a Veracruz.

En el plano no se leía Parralito. Sólo en el índice mencionaba aquel nombre y la guía explicaba que era una aldea playera, virtualmente deshabitada, desde que se produjeron hundimientos en los senderos abiertos en los acantilados contiguos a Parralito.

Añadía que sólo a lomos de caballería se podía llegar a Parralito.

Un autocar empleaba una hora y cinco minutos en dar fin a su recorrido Veracruz-Parrales.

Parrales era un pueblo montañoso, con un parador de turismo. Un amable gerente informó que a cualquier hora, Chano Morales alquilaba buenas caballerías para excursiones.

En los establos, un mejicano de relucientes ojos, cabello y bigote, afirmó que de noche quedaba preciosa la Coralera, aquella picuda cresta bañada por la luna.

¿Cuántos caballos? ¿Uno solo? Ah, el señor gustaba de los románticos paseos a la luz de la luna.

Brian Trevor fué arremangándose en dobleces el pantalón y ajustó después los zahones de cuero. Quedó advertido que la yegua blanca era suavísima. Sólo hacía melindres si le maltrataban la boca inútilmente. Era mejor que el señor llevase una varita de fresno, y cuando la blanca yegua llamada «Paloma» se decantase a siniestro, golpe de fresno a la derecha, y a la viceversa.

Bastaba la fianza de veinte dólares. Era a dos dólares cada hora. Y en su verborrea aseguró el mejicano que de «mañanita quedaba aún más lindo el paisaje, si había chula rendida».

El español que dominaba Trevor era suficiente para no necesitar intérprete. Su acento se notaba poco, porque sólo dijo algunas palabras.

El terreno dejaba de ser llanura, para ondular en pedregosos altozanos a medida que «Paloma» daba grupas al pueblo, y venteaba las brisa salobre.

La claridad lunar fulgía bañando en espectrales destellos piedras, árboles y caseríos de la montaña. A trechos se amontonaban piedras, señalando los lugares en que las ventiscas habían derrumbado pedregales.

Era tierra árida, reseca, y estaba cuarteada la madera hincada en el hueco de un peñasco. Un tizón bañado en brea había pintado una flecha sobre la mención:

«PARRALITO. Legua escasa.»

La legua era un sendero bajando en serpenteo por entre cortadura abierta en la piedra. Y se oía el rumor del mar acrecentándose, cuando «Paloma» dejó de afianzar los trancos traseros, y recuperó la total seguridad de sus cuatro remos a la salida del último serpenteo.

Detuvo Trevor la yegua.

La bahía de Parralito formaba un gancho de escorpión que parecía apresar las quietas aguas. Una veintena de casas reducidas al esqueleto de cimientos, medios tabiques y podridas maderas.

Sólo había dos casas enteras. Una de madera, sobre pilastras, que avanzaban mar adentro.

Otra de piedra, mostraba por dos ventanas el recuadro de luz interior. Luz de quinqués.

A pie, se aproximó Trevor, después de atar las bridas a un sólido piquete de hierro, junto a un abrevadero.

Por una de las ventanas iluminadas vió un banco de carpintero, maderas cortadas en diversas formas y amontonamientos de material procedente de las casas semiderruidas.

En la otra ventana asomó un rifle viejo, y una voz saludó, en español:

—Dios nos guarde a todos y nos proteja la Virgen de Guadalupe. ¿Quién va?

—Buenas noches — replicó Trevor, a un lado del rifle asomando —. Aceptaría un poco de agua fresca.

El rifle se retiró, y un hombre viejo, vestido de blanco dril, hizo un amplio ademán:

—Su casa, señor. Mándele a Luis Orellana, este su servidor. De seguro que será usted otro periodista de la capital, aunque hable con ligerísimo acento de norteamericano.

No existían tabiques separando. El taller de carpintería, el comedor, la cocina y un camastro estaban a la vista.

Sentóse Trevor en la mecedora que le señalaba el mejicano, cuyas gafas y encorvadas espaldas, hablaban de vista cansada y laboriosa actividad manual.

Dejó sobre la mesa una jarra, excusándose al tender un vaso:

—Pobre pero limpio, esto sí. Es zumo de uvas negras. El último periodista me dió cinco pesos.

Presentó Trevor un billete de cinco dólares, que Luis Orellana recogió prestamente.

—Pues fué así como pasó, aunque tengo que decirle que luego no va a poder escribirlo, porque el juez de Parrales recibió orden de que no se publicase nada.

—¿Siempre ha vivido aquí solo?

—Dios me libre. Yo vivo en Parrales, pero me dieron la contrata de aprovechar los derribos y aquí estoy de sol a sol. Si me encuentra a esta hora es que apresuro la faena, desde que sucedió lo que sucedió, y hacia las once me remonto a pie hacia el pueblo. Por eso tengo el rifle. No se sabe nunca. Ya ve, todos creíamos que el de la imprenta era un aficionado a pescar solitario.

—¿Dónde estaba usted cuando «sucedió lo que sucedió»?

—No me enteré, porque estaba bien durmiendo. Fué de madrugada no clara aún, que me llamaron para hacer dos ataúdes. Los hice, y me despachó apenas hechos, el inspector Vargas. Van a ser las once. No llego nunca más allá de la medianoche, para no tener asustada a mi vieja.

—¿Aquel caserón es el del pescador de la imprenta?

—Bueno, la imprenta la encontraron luego.

—¿Tiene las llaves?

—Lo selló la policía. Y siempre ronda alguien de la policía. Dicen que éste es sitio propicio para contrabandos y trapicheos. ¿Viene conmigo, señor?

Iba cerrando las ventanas el carpintero. Salió fuera Trevor.

Cuando el mejicano hubo asegurado la cadena y el candado, dije Trevor:

—Descansaré un poco.

—A su gusto. Buenas noches, señor.

Se alejó Orellana rifle al hombro, y una cesta en morral. Desapareció prontamente por la curva del sendero.

Se dirigió Trevor hacia la explanada que oficiaba de plazoleta ante la fachada del caserón de dos plantas.

Trataba de reconstruir la escena. La policía aproximándose…

Giró sobre sus tacones. Había crujido la arena.

Un individuo alto, de negro cabello, negro bigotillo, gafas solares y traje de dril azul, destellaba blancura por la camisa, la corbata y un apósito de esparadrapo a un lado del bronceado rostro.

Calzaba mocasines veraniegos y una de sus manos desaparecía bajo el vuelo de la americana, entre cinto y pantalón.

Habló con ceremoniosa lentitud, en canturreo mejicano:

—Fui avisado por uno de los ojeadores del juez de Parrales. Desde que sucedió lo que sucedió, cualquier visitante es grato, pero en sabiendo quién es. Soy Rodolfo Vargas, inspector de la Central.

—¿Qué tal, colega? Yo bien, gracias. Supongo que habla mejor el inglés que yo el español.

En inglés cantarino, con faltas gramaticales, pero muy explícito, replicó Vargas:

—Si es periodista, hay una circular.

—Soy colega suyo, Vargas. Me llamo Brian Trevor.

—Oí, oí mentarle, sí que recuerdo. Dió mucho quehacer este dichoso millonario. Vino en avión hasta el subjefe principal de Nueva Orleans. Ya estaban los féretros encargados, y los dos cuerpos esperando, tal como cayeron. Cerca de la ventana dando al agua, Sam Kisbee. Cerca de esta puerta, el de Dudley Rice. Nos engañó a todos, ya que todo Parrales daba por cierto que eran de esos ricachos que gustan de pasar temporadas en rincones perdidos como éste.

—Me agradaría conocer con detalle los hechos, inspector.

Sonrió el mejicano, evidentemente halagado:

—Me dieron la misión a mí, tan pronto se supo en la Central que un *yankee* rico venía volando. No se trataba aún de un bandido, si es que atina el matiz.

—Atino.

—Se recordó que había por aquí varios yanquis con avión particular. Consulté con Parrales. Sí, habían oído el hidroavión del compañero del pescador solitario de Parralito. Vine con dos subordinados. Nos estábamos aproximando, cuando resonó el estampido. Corrimos, pero estaban bien muertos los dos. Y registrando, dimos con la imprenta, planchas y saquitos de droga. Me dijeron que no tocase nada hasta que llegase el subjefe principal de Nueva Orleans, un abogado muy correcto.

—¿Era de Parrales el médico forense que certificó la defunción?

—El abogado Lloyd los vió bien muertos, como yo.

—¿Y el hidroavión?

—Lo vinieron a buscar dos pilotos policías de Nueva Orleans, así como un camión cargó desde las caballerías la imprenta y todo.

—¿También los ataúdes?

—Fué un entierro cristiano, simple, pero cristiano. No en cementerio por el aquello del suicidio. Y nadie reclamaba al no suicidado. Por lo que, allí yacen.

Señaló Vargas hacia las pilastras. Había dos cruces de madera destacando su blancura pintada, bajo el inicio del piso del caserón.

—El mar no llega, y además amontonó piedras el buen carpintero.

Señaló Trevor hacia las casas semiderruidas.

—Buen lugar para jugar al escondite.

—¿Quién? — relució la blanca sonrisa en el bronceado cutis.

—Fantasmas y todo eso.

—¿Cree usted en fantasmas?

Acentuaba la sonrisa el hombre del apósito en la Sien.

—Tengo un poder legal para exhumar, Vargas.

—¿Un «qué» dice?

—Con una pala y un pico, bastará examinar el contenido de los dos ataúdes.

—Una labor macabra. Ya atestiguaron gente de bien, lo que vieron.

—Yo tengo una teoría. Ignoro cómo se preparó la muerte Dud Rice. No es un estúpido, ni de los que se suicidan. Pero las teorías no dejan dormir, mientras uno no comprueba si son falsas o ciertas. Sobran piedras por esta zona. Me apostaría una paga, cuando Vuelva a cobrarlas, que uno de los dos ataúdes está relleno de piedras.

—Tal vez si, tal vez no. Pero me da una idea, Trevor.

—La huelo: ¿quitar las piedras y rellenar el ataúd, conmigo, Dud Rice?

CAPÍTULO X

Las diversas incidencias que siguieron, cronometradas, no hubiesen seguramente rebasado cinco minutos.

Pero los reflejos mentales en Brian Trevor estaban tan alertas como los musculares. Y hacía ya instantes que esperaba la agresión.

Aquella mano entre cinto y camisa, bajo el vuelo de la americana, saldría provista de algo contundente, apenas el fingido inspector mejicano, actuase como un atlético malhechor.

Dudley Rice no esperaba oír sus nombres, pero sacó la diestra…

También hacía rato que Brian Trevor había percibido el lento susurro de unos pies deslizándose a un lado de los muros de la casa del carpintero Orellana.

Al mismo tiempo que Dudley Rice sacaba la diestra, adelantó Trevor las dos manos y una rodilla.

Su zurda aferró la muñeca de Rice, mientras su abierta diestra empujaba hacia arriba bajo las mandíbulas.

El rodillazo obligó a Rice a encogerse. Siguió Trevor empujando hacia atrás la muñeca armada, y por segunda vez su huesuda rodilla se hincó en el estómago de Rice.

Torsionó de pronto, y Rice describió una media vuelta, dando frente a los dos que acudían a paso ligero. Los mastodontes.

Brian Trevor inutilizó la pistola, colocando su antebrazo en torno al doblado diestro de Rice, y atrajo con el otro brazo el cuello hacia atrás.

Crujiendo el omoplato, Dudley Rice quedó arqueado, sobre un hombro de Trevor, dando frente a los dos mastodontes, cuyas pistolas buscaban dar en diana.

Taconeó Rice hacia atrás, y Trevor encajó, sin soltarlo. Fueron rodando los dos por la ladera a un costado del caserón.

Entumecidos los dedos, perdió Rice el contacto con su automática que también rodó hacia el agua.

Recuperó Trevor su presa total.

Dos fogonazos rasgaron el aire, y cabrillearon rebotando en la arena de gruesa grava entremezclada.

Disparos que procuraban no herir al prisionero, a cuya espalda hundía Trevor su rodilla, atrayéndolo por los codos. Y a rodillazos, recorrió Rice el obscuro espacio entre las pilastras, bajo el caserón.

Siempre sujetándolo por los codos, Trevor empujó por dos veces contra una pilastra a Dudley Rice. Lo arrastró por el cuello de la americana hasta el fondo angular plenamente a obscuras, dejándolo tendido. Se aseguró de que estaba sin sentido, aplicándole un golpe de canto en la yugular y, simultáneamente, otro en la sien opuesta.

Era sencillo de prever cuáles iban a ser los siguientes movimientos de los dos mastodontes: Flanquear. Uno a cada lado. Asomaba ya, cautelosamente, una pierna y parte del perfil, uno de ellos, bajo el ala delantera del sombrero en alto las solapas.

Eran muchachos previsores, pensó Trevor. Habían enroscado un silenciador… Era lo que prolongaba el cañón que estaba trazando un semiarco en busca de diana.

La diana se llamaba Brian Trevor. Y tenía por toda arma que pudiera emplearse a distancia, unas tijeritas de uñas, plegables, y un cortaplumas.

Había grava en el suelo. Algunos guijarros eran gruesos, puntiagudos. No podían dejar fuera de combate a un pistolero mastodóntico, pero su impacto en una madera, produciría la misma sonoridad que un balazo, si disparaba a la vez uno de los dos.

La pilastra tenía el suficiente grosor para cubrirse del que asomaba por la izquierda.

Se zambulló Trevor hacia adelante, a la vez que restallaban los fogonazos de la derecha.



—Por donde voy levanto olas de entusiasmo cordial.

Le sobraban guijarros magullándose a través de la ropa. Tiró un

pañuelo a la izquierda, a la vez que se incorporaba.

La pilastra estaba ahora a diez pasos del de la derecha. Una sombra también enmascarada por el ala baja y las solapas levantadas.

Se removió en el suelo Dudley Rice.

Brian Trevor arrojó otro guijarro a la izquierda. Contra el que avanzaba corriendo, en zigzag, de pilastra en pilastra.

Disparó de nuevo y unas astillas de madera arañaron la mejilla de Trevor.

Dudley Rice siguió removiéndose…

Y de pronto, una voz gruñona, áspera, resonó a los oídos de Brian Trevor como música celestial:

—¡Cubierta completa, Chick!

Se cambiaban las tornas. Los dos sitiadores eran sitiados. Y uno de ellos corrió, abandonando aquel espacio que se volvía inhóspito

Brian Trevor se zambulló hacia adelante, tomando por balón a Dudley Rice. El teniente Enric Olson no disparaba con silenciador…

La zambullida de Brian Trevor no era agresiva, sino protectora. Pero uno de los que huían había descargado el resto de su automática contra Dudley Rice, que se incorporaba.

Brian Trevor enlazó por la cintura a un hombre que se estremecía en estertores finales.

Imprecó entre dientes.

Los dos cómplices, al fugarse, no querían dejar a un prisionero hablando.

Pasaron lentos los minutos, muy lentos, hasta que Eric Olson, jadeando, llegó a un lado del inicio de las pilastras.

Y habló fatigosamente:

—Han escapado. Sólo les interesaba escapar… y el silencio de éste.

—Esta vez ya no caben dudas, teniente. Dud Rice está muerto. Taladrado en diagonal desde cuello a corazón.

Acercándose tendió la diestra abierta Trevor. En ella depositó Olson su pistola y un cargador. Seguía resollando mientras señalaba con la zurda hacia el sendero que desembocaba en la explanada.

Brian Trevor corrió y montó torpemente a horcajadas, acomodándose en la silla cuando la yegua trotaba sendero arriba.

Exploró inútilmente los alrededores. Regresó para atar la yegua junto a la mula que pacía tras la casa del carpintero, amarrada a un poste.

Fué recorriendo ruina por ruina, y, por fin, entró en la casa de Luis Orellana cuya cadena y candado había quitado Eric Olson en una sola pieza, después de coger herramientas, haciende saltar una ventana.

Sobre el banco de carpintera yacía, boca arriba, Dudley Rice.

—Tinte para el cabello, cejas y bigote — fué señalando Olson —. «Brunisol» yodado en manos y cara. Y esta herida no tiene más de tres días.

Había arrancado Olson el apósito qué cubría la sien del supuesto inspector Vargas.

Una herida superficial, bordeada de hinchazón negruzca, aparecía entre la oreja y ceja derechas de Dudley Rice.

Brian Trevor devolvió su pistola a Olson, que salió a echar una ojeada, diciendo:

—No creo que vuelvan. Sólo les interesaba huir, y disfrutar en paz los beneficios. No hubiesen matado a Rice, si no llego yo.

—Me hubiesen matado a mí.

—Me perdí esta ganga. ¿Se ha fijado bien, en la sien?

—Dud Rice coge su «Mauser» nueve corto. Saca un cartucho, lo abre y tira el plomo al agua. Coloca el cartucho en la sien, y aprieta el gatillo. Hace una herida aparatosa, pero no de muerte. No estaba solo con Sam Kisbee, muerto. Estarían con él, estos dos mastodontes, que volaron. Lo trasportan a la nevera… Entre las cosas reseñadas que se hallaron en el caserón había una gran frigorífica, ¿no? Se esconden los dos mastodontes, tras haber dejado unos instantes a Rice en la nevera, y colocarlo en un rincón obscuro. Dispara uno de ellos, y acuden corriendo Vargas y sus acompañantes. Ven a Rice helado, con el boquete en la sien, y el «Mauser» empuñado. Ven el magnetofón y la carta. Parten a comunicar. Le encargan a Orellana el ataúd por partida doble. Han tenido tiempo los dos escondidos, de colocar de nuevo a Rice en la nevera, mientras se acerca Norman Lloyd acompañado por Vargas. Recuerde la declaración escrita de Norman Lloyd, que más o menos decía: «Estaba helado, rígido, con una espantosa herida ennegrecida y coagulada en su sien derecha. Tomé las huellas digitales por rutina». Queda Rice tendido en el banco del carpintero, mientras éste acaba de forrar sus ataúdes. Coloca primero a Dudley Rice Después a Sam Kisbee, y va a avisar. Sobran sitios para jugar al escondite. Mientras Orellana va al caserón donde están Lloyd, Vargas y los agentes, los dos cómplices de Rice, cambian en el ataúd a su jefe por unas piedras, y dejan bien cerrado. Simples ataúdes, sin tapa de cristal. Y así, todos tienen la conciencia plena de estar asistiendo al entierro del suicida Rice y su único cómplice Sam Kisbee. ¿Concordamos en esto, teniente?

—Como hipótesis, punto por punto, Chick. No hubo forense, porque Vargas se inhibió en las autoridades de Nueva Orleans. Debemos conservar a Dud Rice. Su herida en la sien demostrará que no se alojó ningún plomo. Endiabladamente ingenioso el muchacho…

—Apareció usted como un arcángel exterminador.

—Quise atrapar al menos a uno vivo. Hubiese sido mejor que

disparase a darles. Pero sabían escurrirse. Bueno, ya volveremos sobre esto. Hay unos cuantos que tendrán que darnos su coartada para esta nochecita. ¿Quién sabía que usted venía a Parralito? Conroy y yo positivamente.

—Por el instante, elimínelos, teniente — sonrió Trevor, áridamente —. Voy a pescar, si puedo, el «Mauser» de Dud Rice.

Desvistiéndose añadió Trevor:

—En realidad, un baño frío me apetece. Pasé bastante calor.

—Se jugó la piel, sin pistola.

—No pensaba encontrarme con este recibimiento. Pensé primero que Dud era realmente Vargas. Pero cometió un error. Un error infinitesimal como en sus billetes. Primero al yo decirle quién era, debió pedirme la credencial, que es rutina «abecé» del oficio. Segundo, no debió nunca decir la frase «atina el matiz». Ningún mejicano usará esta expresión netamente luisiana, Después, unas gafas solares para caminar de noche, sobran. Y, por último: Vargas no estaría en Parralito, apenas llegase yo a Parrales. Tardaría más de una hora en venir desde Veracruz. Por aquí sólo rondaría algún agente suyo. Puedo decir que me cogió de sorpresa y no suponía que rondasen los dos principales cómplices suyos.

Eric Olson, asintiendo, expuso:

—Yo me convertí espontáneamente en su sombra, Chick. ¿Me olió siquiera?

—No tuve la menor idea hasta que le oí la advertencia. ¿Me cuidaba a mí?

—Me cuidaba yo. Hace tiempo que por Nueva Orleans, propaló insidiosamente Dud Rice que yo era uno de los asalariados de Milton. Es, pues, más cuestión personal la que yo tenía con éste, que la pendiente con usted. Báñese ya, que no hemos venido a veranear.

Sin zambullirse, sirviéndose de la linterna de Olson, encontró Trevor el «Mauser»» nueve corto. Bajo apenas un palmo de agua quieta.

Nadó con infinito placer. Durante minutos anteriores, sólo hubiese apostado, que su próximo baño sería como el del inspector del FBN. En lodo, y estrangulado formando una prieta «ene».

CAPÍTULO XI

Bruno Duroc sacó la lima de uñas, apenas a su lado, inclinándose, dijo en un susurro su asociado Syd Brenan:

—Es el teniente Olson.

—Se nota, Syd. Abre.

La puerta era sacudida a puñetazos. No había clientes en la antesala del despacho de los Detectives Privados Duroc & Brenan.

—Adelante, adelante, Olson. Mi pésame menos sincero, de veras — aseguró Duroc.

—Mi socio alude a eso que se oye rumorear de que lo van a expulsar, Eric — comentó Brenan.

Ninguno de los tres sonreía. Eric Olson se instaló en la esquina de la mesa. Enfrente, igualmente sentado, Syd Brenan, se cambiaba de carrillo el chicle.

Ocupando su sillón central, Bruno Duroc siguió limándose casi sin rozarlas, las uñas.

Eric Olson apuntó el calendario.

—Anteayer noche, desde las diez hasta la hora cero, sudé grasas.

—Los baños turcos a su edad son un primor — afirmó Duroc.

—Sólo tiene treinta y ocho años, Bruno — ironizó Syd.

—Barrunto que antes de fin de mes, me ascienden y destinan a vuestro distrito — dijo Olson en tono trivial.

—Je, je — silabeó Duroc.

—Por si acaso, Bruno, más vale que le oigamos respetuosamente.

—Exacto, Syd. Al bulto: ¿puede saberse dónde andabais anteayer por la noche?

Embolsillando la lima, apoyó Duroc la frente sobre la mano. Syd Brenan la barbilla sobre el codo. Dos pensadores.

Eric Olson eligió un mondadientes, y mordiéndolo, aguardó.

Por fin, Syd Brenan opinó:

—¿Puede saberse para qué la coartada?

—Vosotros ya conocéis a Chick Trevor. Os prometisteis pupa.

—Un modo de pasar el tiempo. ¿Le han hecho pupa?

—Hubo un muerto. Los petardos silbaban como en la fiesta del día de la Independencia. Salieron por pies, los que disparaban. Dos mastodontes.

—Mejorando lo presente — puntualizó Bruno Duroc — mi socio y yo anteayer noche cenamos en el «Ristori». Macarrones, «pistuzzio», Gorgonzola y Chianti. Seguimos la pista de una napolitana. Mi socio quiere aprender italiano.

—A las diez menos minutos, yo estaba en el «Paramount» con la napolitana y su mamá — declaró Brenan —. Al principio les doy coba a las mamás. Tome nota, Olson.

—¿Y tocabas la mandolina, Duroc?

—A mí me tocó la mamá. Socios siempre. Cuando yo le hago la rosca a una bretona, Syd juega a damas con el papá. Y así sucesivamente. Hace ya tiempo, y debería saberlo, que a partir de las nueve de la noche, abandonamos toda tarea. ¿Se va tan pronto, Olson?

Escupió Olson el palillo. Mantenía Brenan la puerta abierta, y dijo:

—La «ragazza» se llama Rosana, y es florista en el 98 de River East.

—La mamá, Julietta —apuntó Duroc—. Borda lencería en el tercer piso, número 8, Garibaldi Square. Barrio italiano, naturalmente. Supongo que si vuelve a tener la placa, se acordará que fuimos serviciales, lo cual no significa serviles.

Cerrada la puerta, y habiendo visto bajar en el ascensor a Olson, murmuró Syd Brenan:

—¿Quién se habrá cargado al de Chicago?

—Que nos registren, Syd. A veces, tener la conciencia tranquila, place.

***

Luke Brady, en el gimnasio, recubierto con jersey de lana y mallas, golpeaba el saco. Resaltaban sus bíceps…

Aspiró aire, en amplios ademanes gimnásticos, sonrientes los verdes ojos. Brian Trevor comentó, al detenerse frente a él:

—Emplea mucho el gancho coreo de arriba, abajo.

—En los cuerpo a cuerpo sí. ¿A qué debo el honor de su visita?

—Es muy señor y dueño suyo de contestarme.

—Nunca son las preguntas las indiscretas, sino las respuestas.

—Me lo sé. Eso es de un inglés llamado Oscar.

—Su cultura me asombra.

—Leo las hojillas de calendario cada día. Instruye de miedo. ¿Cenó a gusto anteayer?

Aplicándose la toalla en bufanda, se ciñó Luke Brady el albornoz. Señaló uno de los taburetes de su gimnasio particular.

—¿Quién le dió acceso?

—Su esposa. Sólo le dije si podía verle. Me abrió esta puerta.

—Anteayer noche creo recordar que no cené. Ayuno un día por semana. Sólo fruta, café, leche y magnesia y conserva contra el artritismo.

—Nadie le vió por su casino.

—Cuando ayuno no trabajo. Se cuida del casino Cedric Morrison.

—Ya que estamos en un gimnasio, ¿es peso fuerte su gerente?

—Ligero, ágil y muy caballero. ¿Desea ducharse, Trevor?

—Por mí como si estuviera en su casa, Brady. Vaya afeitándose la pierna derecha bajo la rodilla. Donde aplican el electrodo.

En pie, crispando los puños aún vendados, Luke Brady respiró a fondo.

—Aclare el acertijo, Trevor.

—Esta misma tarde pasaré a tomar té por su casino. ¿A qué hora?

—Estaré a las tres. Tengo salas privadas para quien lo desea.

—Yo mismo.

—¿Poker?

—Sí, porque tengo tres ases en mano y una dama. Me falta un as o una dama, para ligar la jugada. Dúchese, Luke.

—Ya sabe por dónde se sale, Chick. Hasta las tres.

Al salir del gimnasio se dirigió Trevor hacia el vestíbulo del lujoso ático. Del solarium, acudió Mayola Rice, recogido el negro cabello en pañuelo.

Gente cuidadosa de su salud, pensó Trevor. Prefería el batín naranja femenino, al albornoz azul y grana. No para llevarlo, sino para contemplar.

—Espero que no habrá estado incorrecto mi marido.

—Distinguidísimo. Hemos quedado citados esta tarde a las tres en su casino. Una sala privada.

—Presiento… En fin, Luke sabe el terreno que pisa.

—No lo dudo, señora Brady. No se moleste veo la puerta.

Al salir a la calle, Brian Trevor miró el destello guinda del «Auburn», dos plazas. Al volante, Greer Garson en la persona de Telma Rice.

Se aproximó.

Había cierto temblor pleno de seducción en los hermosos labios, al decir:

—Mi hermana me ha telefoneado. Deseaba verle desde que habló con Mayola en la carretera del Bayú. ¿Tiene inconveniente en que le haga los honores de mi casa?

Sentándose, Brian Trevor siguió callado. Condujo ella unos instantes en silencio. Sólo sus pestañas delataban inquietud. Parpadeaba demasiado. Y el parabrisas tenía, no obstante, cristal antisolar.

—¿Es táctica encerrarse en mutismo? Podría decir que le asombra mi invitación.

—Procediendo de una dama, nada asombra.

—¿Elogio o crítica?

—¿Por qué sigue soltera, Telma?

—Al menos por una vez pregunta directamente. Los luisianos son demasiado galantes. Por eso Mayola se casó con Luke. Es de Nueva York. Fué rudo al principio, y después amable.

La casa de una sola planta era agradable de ver. Rodeada de un cuidado juego de parterres. Un garaje cuya puerta se abría al distar el radiador un metro.

Cruce de rayos infrarrojos, o como se llamasen, pensó Trevor. Lo que sí estaba convencido es que sin proponérselo, irradiaba Telma

Rice una poderosa seducción.

A un lado del garaje había dos puertas. Una daba acceso a un salón-bar. Temía Rice señaló la semiherradura, tras la que había estantes con botillería.

—Sírvase lo que le apetezca.

—Verla y oírla me basta.

Sentándose, miró ella con profunda intensidad.

—Usted, al despedirse el otro día de Mayola, le dijo algo verdaderamente increíble.

—Repítamelo, para que lo crea.

—Aludió a la posibilidad de que mi hermano no estuviese…

Se cubrió el rostro con las manos, y añadió:

—Es horrible todo esto, Trevor.

—Me consta. Y también que aún queda algo por recorrer en esta senda de horrores.

—Ha estado usted ausente — manifestó ella, apartando las manos.

—Si.

—Para saber dónde estuvo, le he invitado a venir aquí, Trevor.

—Estuve visitando Parralito. Dos tumbas. Y he estado pensando que mucha gente pudo verme abandonar la ciudad. Algunas personas con el deseo de perderme de vista. Otras, intrigadas. ¿En qué grupo la incluyo, Telma?

Levantándose se dirigió ella al bar. Mezcló jugo de naranja con un poco de jerez. Permaneció sentada de lado, sobre el alto taburete.

Brian Trevor, frente a ella, la contempló beber ansiosamente.

Y al dejar el vaso, dijo ella:

—Tengo que salir de dudas, Trevor.

—Yo también. Tiene usted un cabello suave, rubio claro de princesa de cuento de hadas. Pero recuerdo que me deseó ser un delincuente. Puedo delinquir, pudo traicionar unos secretos de investigación, puedo renunciar a mi única pasión, que es cazar delincuentes…

Una de las manos de Trevor se apoyaba sobre el zinc, junto al vaso vacío. La otra a un lado del taburete ocupado por Telma Rice.

Pestañeó ella, enigmáticamente, y susurró:

—Quiero saber, quiero saber…

La atrajo Trevor y pasó una mano tras su cabello. La besó.

Telma Rice ni opuso resistencia ni correspondió.

Empujando con las dos manos, apartó rostro y busto, en pie.

Brian Trevor retrocedió un paso, y dijo, conteniendo su vehemencia:

—Ha sido lo único delicioso de todo este viaje tétrico, Telma. Estabas dispuesta a soportar besos, sacrificándote por alguien a quien

quieres. Y al besarte no me comporté como un brutal Chick. Oíste lo que le dije a Moss Harding acerca de cómo es el amor único en la vida, que sólo asoma una vez. «Esta clase de amor improbable, salvaje y misterioso…» Se presenta como la muerte. Un fogonazo. Deslumbra… Pero he tenido la mala suerte de que fueras tú, Telma Rice, la que me deslumbrara el alma. Y los sentidos. Vuelvo a despertar. Ven conmigo. Tengo que registrar los sitios donde puedes esconder algo. Cállate… ¿Cuál es tu alcoba?

El nerviosismo de Telma Rice se traducía en una tensión que parecía convertirla en autómata. Señaló hacia un lugar.

Brian Trevor registró un armario. Pasó luego al cuarto de baño. Bajo unas toallas encontró una caja.

Sacó un vestido azul obscuro, de pronunciado escote en «V» de vértice cremallera. Unos zapatos sandalia de alto tacón, blancos con tirillas azules. Y una peluca de lacios cabellos rubios obscuros.

Todo aquel atuendo olía tenuemente a lavanda…

CAPÍTULO XII

El casino instalado en el doble ático de Pirat Alley, tenía numerosas subdivisiones. Primero un gran vestíbulo alfombrado, varios pasillos formando estrella, y dos escaleras.

Al pie de una de ellas, un individuo esbelto, de mediana estatura, cabellos rubios canosos, muy distinguido, hizo una leve reverencia al aproximarse Brian Trevor.

—Soy Cedric Morrison, gerente y recepcionista. El señor Brady le espera. Permítame que le preceda.

La escalera conducía al sobreático, cuyas terrazas eran el «dancing-roof». Pero las salas privadas tenían doble tabique para insonorizar, y una refrigeración indirecta.

Señaló Luke Brady la mesita, sobre la que había cafetera de cuádruple vertedero, y una licorera. Había también una baraja virgen dentro de su envoltura.

—Seguramente te olvidaste un requisito, Cedric.

Cedric Morrison sonrió diplomáticamente al expresar:

—El señor Brady hace alusión a lo legislado, señor Trevor. El reglamento nos obliga a conservar en guardarropía cualquier arma.

Brian Trevor, a un lado de la puerta, abrió su americana alzando los vuelos, codos en alto. Dió un cuarto de vuelta. Después dijo:

—Cachee, Morrison. De frente, ¿quiere? Hágalo. Es su trabajo, ¿no?

Cedric Morrison cacheó expertamente. Dijo al terminar:

—Gracias, señor Trevor. Si me necesita, señor Brady…

Agitó Luke Brady los dedos. Se fué Morrison y cerró la puerta Trevor, corriendo el pestillo interior.

Al sentarse, cogió la baraja, rompiendo su envoltura. Fué mirando las cartas y tiró un as sobre la mesa, ante Brady

—As de tréboles — sonrió el ex jugador profesional.

—Dinero en símbolo. ¿Cómo lograba Dud Rice deslizar sus billetes? Aquí. Un sitio ideal. Acude gente distinguida, reservado el derecho de admisión, etcétera. Entregan dinero bueno, y recogen fichas. Vuelven con fichas, y recogen billetes falsos. Cuando los entregan en otro sitio, nadie sospecha de ellos. Y a diario, ¿cuántos billetes de diez puede colocar su caja, Brady?

—Por lo bajo, un par de miles de dólares, cuando está flojo. Un promedio de cuatro mil dólares. ¿Café. Trevor?

—Tengo la boca seca. Prefiero el chicle que me he traído. Segundo as.

Miró Brady el naipe ante él, y cantó:

—As de pique. Los supersticiosos lo temen.

—Acude mucha gente bien. Son los primeros en no preguntar quién les proporciona la heroína. Acuden también compradores al por mayor, seguros porque no pertenecen al gremio hampón. Simples revendedores. Saben a quién dirigirse aquí. Va el tercer as.

—Cuadros o diamantes, según se quiera.

—En Chicago los llamamos biombos. Será porque son rombos, pero allá dicen que tapan ollas. O sea encubren bien. Y Dud Rice tenía aquí a los mejores encubridores. Un cuñado listo.

—Lo soy, en efecto. Nunca descubro mi juego. Usted sí, Chick.

—La dama de corazones. Una rubia despampanante. Hermana de Dud Rice por más señas. Va donde él le indica. Va a repartir heroína, si se tercia. Y va a visitar a Moss Harding. Este, asombrado, reconoce bajo el maquillaje a la hermana de Dud. Que le cuenta algo… porque ya Moss Harding había atado cabos. Me llama Harding. La rubia despampanante me entontece. Y muere Moss Harding. Tengo el cuarto as a la vista, Brady. Usted.

—Y bajo la mesa tengo yo un magnífico modelo de las fábricas «Colt». Con silenciador.

Luke Brady apretó el gatillo tres veces consecutivas, silabeando:

—Re-po-ker.

Brian Trevor derribó la silla, se llevó las manos al estómago, y dando una vuelta sobre sí mismo, cayó boca arriba.

Llamaron en la puerta.

Luke Brady fué a abrir.

Mayola Rice, dilatados los ojos, se abrazó temblorosa a su mando. Luke Brady dijo fríamente:

—Creyó que tenía las espaldas cubiertas. No sabía que al teniente Olson lo llamó Telma hace una media hora, con el pretexto de revelarle algo esencial. Este ya lo descubrió, pero no lo repetirá. Supo que Dud se valía de alguien en esta casa. Creyó que era yo. Pero para mí, significaba la ruina. Yo, ex jugador ¿cómo podría demostrar que no estaba al corriente de los manejos de Dud, Telma y alguno del personal? Vámonos, Mayola. Pronto sabré quién era el que en esta casa…

Cedric Morrison entró, cerrando la puerta. Miró el cuerpo tendido, y declaró:

—Acaban de comunicármelo por teléfono, señor. Mark Garril y Butch Donley han sido encontrados juntos, muertos. Ahogados en uno de los muelles de Galveston…

Luke Brady, asiendo del codo a Mayola Rice, dijo:

—Vámonos, Mayola. Tu hermana decidió eliminar a sus dos cómplices. He de verla a ella, aunque haya huido al fin del mundo.

—Piénsalo, Luke, piénsalo… Eres capaz de cometer…

—Cuídate de éste — ordenó Brady a Morrison, señalando al cuerpo tendido.

Se fué con Mayola Rice.

Cedric Morrison cerró la puerta. Una sonrisa maligna sustituía a su anterior expresión respetuosa y asustada.

Y una expresión de abyecto terror iracundo se plasmó en su semblante, cuando al inclinarse, el supuesto cadáver le cogió por las solapas. Una extraña manera de levantarse, empleando la cabeza como punto de palanca.

Cedric Morrison manoteó, al rebotar contra un tabique insonorizado. No cayó porque bajo su cuello, un antebrazo le sostenía.

Y eran cachetes desdeñosos los que aplicaba con la diestra en revés y abierta, Brian Trevor, diciendo:

—Ya tenemos el comodín y poker completo. O full con la dama.

***

Telma Rice paseaba inquieta por el salón-bar de su casa. Se inmovilizó al oír una puerta abrirse.

Su hermana, con triste sonrisa, echó el bolso sobre un sillón, y acercándose la abrazó.

—Vuelve a estar sola, Telma. Luke ha huido.

—Me lo temía, Mayola…

—Otro escándalo en la familia Rice. Cuando murió Dud, empecé a temer y acaba de confirmarse mi temor y el tuyo.

—¿Dónde está Luke?

—Huyó. Quería venir a verte, pero le mentí, diciéndole que estabas en Texas.

Mayola Rice se preparó un combinado. Su hermana fué a sentarse.

—Desde que Dud se mató, pensé que tarde o temprano pensarían en Luke — expuso Mayola Rice —. Y esta misma tarde, Luke acaba de matar al policía Trevor porque éste le ha desenmascarado. Lo ha matado.

Se cubrió Telma el rostro con las manos. Horrorizada... Preguntó:

—¿Quién era la mujer que hizo matar a Harding y atrajo al policía?

Apenas hecha la pregunta, Telma Rice, levantándose, corrió hacia su alcoba.

Mayola Rice, contestó:

—El policía te acusó. Encontró...

Telma Rice cerró la puerta de su alcoba.

Mayola Rice se abalanzó hacia su bolso, convulso el rostro.

Pero había llegado antes Brian Trevor, que abrió y extrajo la diminuta «Savage». La guardó en su bolsillo y apartó el rostro.

Apresó las dos muñecas femeninas. Y casi juntos los rostros, dijo Trevor:

—Un beso que definía tu maldad, Mayola. Tú y Dud siempre estuvisteis resentidos contra Telma. Ella, era dócil, era distinta... El teniente Olson te llevará a la celda correspondiente.

Mayola Rice no se debatió más. Lloraba histéricamente...

Al extinguirse el rumor del coche en que iban Mayola Rice y el teniente Olson, abrió Telma Rice la puerta de su alcoba.

Murmuró Trevor:

—Vete a ver a Big Man Rice. Eres la única Rice a quien quiere, a su modo. Los hombres endurecidos, guardan muy adentro sus penas. Yo me iré tan pronto firme como testigo en la investigación llevada por el teniente Olson. Si alguna vez me recuerdas, sea sin rencor Telma.

Brian Trevor esperó una respuesta. No la obtuvo. Telma Rice lloraba. Pero no histéricamente, sino mansamente, con infinita tristeza sincera.

Y Brian Trevor sabía que no existían palabras aptas para consolar a la única Rice de mente limpia.

***

Se fué.

Media hora después firmaba cuanto había informado el teniente

Olson. Y junto a éste, en el «Chevrolet Nomad» propiedad de Milton Rice, y puesto a disposición de Eric Olson, manifestó Trevor:

—Voy a casa de Big Man Rice no porque me invite él, sino porque usted insiste.

—Tengo que contarle todo, y eres el testigo principal. Bueno, ahora aclaremos lo principal. Me has dado el estrellato y el ascenso hecho. ¿Para, que me olvide de romperte los dientes?

—Usted tenía cuenta pendiente con los Rice. Yo no. Y además, déjeme en paz, caray. No debí meterme a fondo en este caso. Los billetes y las drogas han marcado a mucha gente, pero también a mí de rechazo.

—Ya sé. Te enamoraste a rabiar de Telma Rice.

—Sabe usted mucho, teniente, muchísimo… De conducir, disparar, husmear y todo eso. Pero de enamorarse, ni pizca.

—Tengo mujer y siete retoños. Si esto no es amor, ¿qué diantres es?

—Aburrimiento y costumbre, hombre.

—Pero antes me enamoré, ¿no? Mira, cada cuál a lo suyo. Ya estuviste en esta caverna monumental. Eso de las libreas reluce.

Siguieron al mayordomo. Al fondo del salón, Milton, Rice dijo tajante:

—Siéntese. Recibí su comunicado acerca de la muerte de Dudley, Olson. He pagado con una moneda que no tiene circulación, el haber descuidado el crecimiento de Dudley y Mayola. Infórmeme, Olson.

Eric Olson consultó su bloc de notas. Brian Trevor contemplaba el suntuoso decorado.

—En Parralito, Dudley Rice, avisado de que llegaba Trevor, confió en sus dos cómplices Butch Donley y Mark Garril, los dos cajeros y guarda-sala del, casino de Brady. Ellos le mataron…

—Informe a partir de su regreso de Méjico.

—Trevor y yo teníamos la sospecha de que Mayola, pareciendo defender a su esposo, lo acusaba. Nos informamos. Mayola había estado ausente un día entero. En Galveston, donde esperaba a sus dos asociados Donley y Garril. Supo que habían tenido que matar a Dud, para silenciarlo. Hizo ella lo mismo con ellos dos. Lo ha confesado ya.

—Hable usted, joven — invitó Milton Rice.

—Mayola telefoneó a Telma, para que ésta me invitase a su casa. Aconsejándola que emplease cualquier recurso con tal de sonsacarme hasta qué punto había hecho averiguaciones el teniente Olson. Mayola se había cuidado de colocar las prendas que empleó la noche de la muerte de Harding en un lugar de la casa de Telma. Quedaba así por completo fuera de sospechas. Atribuirían a Telma y Luke Brady el mando del *gang*, en complicidad con Dud, Garril y Donley.

—A las tres tuvo una entrevista con Luke Brady.

—Ya prevenido por el teniente Olson, telefónicamente, aprovechando la ausencia de Mayola. Esta y Cedric Morrison escuchaban por el inhalador que refrigera. Brady me disparó con cartuchos sin bala. Quedaron ellos dos convencidos de que Brady había actuado como deseaban, al verse acusado. Creían que el teniente Olson estaba en casa de Telma, para detenerla.

—Yo estaba esperando a Luke Brady y le abordé apenas se separó de Mayola — manifestó Olson —. Debía evitar que él tomase justicia por su mano contra su mujer. Seguía creyendo que era Telma la culpable. Sólo cuando Mayola quedó encerrada, le conté…

—Que Mayola apreciaba, más la finura y distinción de Morrison, que fué el principal auxiliar de mi hijo Dud.

—Han confesado ambos, por separado. No podían, negar lo evidente. La idea surgió de Dudley, que habló con Mayola. Esta y Morrison, se aseguraron la fidelidad de Garril y Donley — epilogó Olson —. Si se descubriera algo cargaría las culpas Luke Brady. La muerte de Harding se debió a que llamó a Mayola, y ésta acudió con el habitual maquillaje que empleaba para distribuir droga. Ha declarado que era excitante…

Alzó Milton Hice una mano. Eric Olson continuó:

—Ha declarado que Harding había descubierto su relación con Morrison. Y ella dijo que admitía su perversidad, pero que era víctima de Luke Brady. Que llamase a Trevor para que éste la defendiese. El móvil final de Mayola era poseer el casino, casarse con Morrison, y algún día reunirse en cualquier nación con un mejicanizado Dudley.

—Gracias, teniente Olson. Puede retirarse. Se ha desquitado suficientemente de los que le acusaban de ser un asalariado mío.

—No hay desquite, Milton Rice. Hay justicia que, procuramos sea igual para todos. Usted se queda solo con su íntima congoja. Es asunto suyo, ya lo sé. ¿Vamos, Chick?

—Quisiera hablar a solas con Trevor. Si accede, naturalmente.

Eric Olson se marchó.

Milton Rice parecía haber envejecido, pero seguía fría su mirada y tajante su voz:

—¿Por qué sospechó que Dud no se había suicidado?

—Todo demasiado preparado. Tenía un hidroavión dispuesto. Y podía borrar las huellas, una vez muerto Sam Kisbee. Huyendo hacia otro país. Tenía bastante dinero acumulado en la caja común que atesoraban, entre él, Mayola y Morrison. Quise rubricar demasiado bien. Allí sí que puse demasiado en su sitio el punto de la «i». No era hombre para suicidarse. Y menos para explicarlo tan detalladamente, con aquel pistoletazo final… Una tramoya perfecta. Y nada es perfecto en este bajo mundo.

—¿Por qué no sospechó un solo instante de Telma?

—Hay personas que inmediatamente inspiran fe ciega. Mi madre, mi hermana, mis sobrinos… También Telma. ¿Algo más, ¡Rice?

—¿Sigue culpándome de los desvaríos criminales de Dud y Mayola?

—Sí. Lo siento, pero persisto.

—No tiene usted hijos.

—Puedo tenerlos, ya que no hay nada que me lo prohíba. Y yo podré ser como sea, pero mis hijos no leerán tratados de educación moderna, y mucho menos yo. Sólo una vara de fresno, o si lo prefiere una caña de azúcar. Caña a su tiempo, y azúcar también. Claro, usted tenía demasiado quehacer vigilando la danza de sus millones. ¿Algo más, Rice?

—Desearle que sus hijos crezcan como piensa. Buenas tardes, Trevor.

Brian Trevor se limitó a inclinar la cabeza.

Dejaba atrás a un hombre encerrado en sí mismo, con el arcano secreto de sus penas íntimas.

En la avenida Beauregard tuvo un instante de vacilación, antes de dar la dirección al chofer del taxi

Pero hombres como él y «Dog» Garfield no podían aspirar a tener un hogar propio. Dió la dirección del «Pullman Atlantic».

Llegó más sombrío que nunca al hogar de su hermana. Dos días después recibía la notificación de que había sido sobreseído su expediente. Todos sus colegas de Luisiana y Florida, dieron excelentes informes. El que los superó fué el propio capitán Eric Olson.

Brian Trevor dijo que le daba igual. Estaba harto de bucear en las vidas ajenas. Hacia pedido la excedencia por seis meses. Iría a pescar truchas, en Vermont. Ya mandaría fotos de las truchas, prometió al irse.

A las tres semanas de soledad, Brian Trevor recibió un sobre. El matasellos era de Nueva Orleans.

Contenía tan Sólo un recorte de periódico:

> «Milton Rice reparte su fortuna en filantrópicas fundaciones.
>
> »Los protonotarios de las nueve ciudades más importantes de Luisiana, han recibido cada uno la garantía bancaria de un depósito de treinta millones, para la doble fundación y sostenimiento de un reformatorio para adultos y un sanatorio antitóxico. Impone el generoso magnate la única condición de nombrar él mismo un inspector general. El reformatorio llevará el nombre de Dudley Rice, y el sanatorio el de Mayola Rice. Nuestro ciudadano de honor, se ha negado a conceder ninguna entrevista.»

Brian Trevor guardó el recorte. Era indiscutible que Bing Man Rice hacia las cosas a lo grande.

Dos días después, dejó de mirar el corcho anzuelo. Un «Chevrolet Nomad», de precioso color naranja, acababa de detenerse.

La mujer que lo conducía se apartó del volante, y asomó el busto por la otra ventanilla.

—¿Qué tal, Chick? Yo bien, gracias.

Chick Trevor tiro al río la caña de pescar y la cesta. Dió vuelta al coche, y ocupó el asiento del volante.

Telma Rice dijo gravemente:

—Me vas a considerar una engreída. Si lo soy, no tengo derecho a acusarte de falsedad y cobardía.

Crispó Trevor las manos en torno al volante.

—¿Qué es eso de falsedad y cobardía?

—Le dijiste al pobre Moss que si un hombre amaba con esta clase de sentimiento que nos habita sólo una vez en toda nuestra existencia, tú matarías al hombre que se interpusiese.

—¿Hay algún hombre que se interponga?

—Tú solo.

La voz de Brian Trevor había perdido mucho mordiente…

—Hay también Big Man Rice.

—Necesita un inspector general para sus fundaciones. Dijo que tu teoría sobre la caña de azúcar sería conveniente la aplicases. Y yo también necesito…

No fué preciso que lo explicase. Y esta vez, al beso, correspondió ella con toda su alma.

FIN


TODOS LOS PEQUEÑOS QUIEREN LEER...
...el Almanaque de PULGARCITO para 1956
¡COMPRESELO!
¡sólo cuesta 3pts!

LLUVIA DE ESTELLAS



Maureen O'hara

N.º 169 Nació el 17 de agosto de 1921, en Irlanda. Sus últimas produccionesson: "La isla de los corsaros" y "Fuego sobre Africa". Ha destacado también en la película "El hombre tranquilo"

Foto UNIVERSAL INTERNACIONAL



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 5 ptas. — Printed in Spain — Precio en la Rep. Argentina: $3'50

Notas

[←1]

«Chummy»: *Compadre, en argot del hampa y policial.*

[←2]

Los naturales de Chicago, son apodados así en los Estados del Sur, en burlona abreviatura.

[←3]

Assistent District Attorney, el departamento judicial, provisto de autoridad para encuestas. Frecuentemente en litigio con las autoridades policiales.